

visiones de infancia

maría flora yáñez

editorial del pacífico s. a.

santiago de chile



Alone, al aparecer la primera edición de *Visiones de Infancia*, dijo: "Su posición social colocó a la autora en un sitio privilegiado; sus dotes de observadora cogieron gestos, actitudes, figuras y siluetas, captando a veces, con una especie de cándida malicia, las líneas más inesperadas, y acertando otras, sin proponérselo, en el punto neurálgico que hace saltar la chispa o que abre la vena escondida de los sentimientos hondos.

A su vez, Joan Estelrich, el notable helenista y crítico catalán, apunta entre otras cosas al analizar la obra de María Flora Yáñez: "Con razón puede hablarse de sobriedad y equilibrio, de armonía y elegancia. Es ese modo clásico francés que fijó el buen gusto de la literatura femenina; es una destreza técnica que no se improvisa y que patentiza selectos estudios y largas condensaciones internas".

Creemos, pues, que la publicación de esta segunda edición de *Visiones de Infancia* será una afirmación más de la excelencia de este libro.

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.

Ahumada 57 — Casilla 3547

Santiago de Chile.

La Propiedad
Literaria reservada para todos los países
"MEMORIAS"
de la Editorial del Excmo. Sr. A.
Sebastián de Cádiz, 1930.

(Premio de Honor 1918)

Primera Edición: 1917

Segunda Edición: 1930



María Flora Yáñez / VISIONES DE INFANCIA

Es Propiedad

Derechos reservados para todos los países

Inscripción N° 22528

(c) by Editorial Del Pacífico S. A.

Santiago de Chile, 1960.

(Premio *Atenea* 1948)

Primera Edición: 1947

Segunda Edición: 1960

Impreso y hecho en Chile
Printed and made in Chile
Editorial Del Pacífico, S. A.
Santiago de Chile, 1960

355.

MARIA FLORA YÁÑEZ

VISIONES DE INFANCIA

*A mis padres y a todas las personas
ya desaparecidas - que* Segunda Edición
*dejo de su alma en las páginas de este
libro.*

*A mis hijos, fueros y futuros en mi
vida.*

EDITORIAL NACIONAL
REGION CONTROL

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

SANTIAGO DE CH'LE

*A mis padres y a todas las personas
—ya desaparecidas— que dejaron un pe-
dazo de su alma en las páginas de este
libro.*

*A mis hijos, fuerza y estímulo en mi
vida.*

La calle de mi infancia

En pleno corazón de Santiago, tiene sin embargo el recogido y perezoso encanto de una calle de provincia y está poblada de mansiones bajas, macizas, que esconden en su regazo jardines olorosos a azahares y extensos patios con fuentes gemidoras. Es escaso el tráfico y no hay aún en ella ni tiendas ni restaurantes de lujo, sobre todo en las cuadras cercanas al Parque. La blanca calzada se extiende desnuda y amplia como una pista de patines. Y en ella patinamos, efectivamente, durante las tardes y las noches estivales, corriendo de una casa a otra casa mientras las ventanas vuelcan hacia fuera el reflejo del sol en sus cristales y luego la amarillenta luz de las lámparas encendidas.

No hay rascacielos que detengan la vista y los ojos van a posarse tranquilos sobre las nevadas crestas de la cordillera por encima de los tejados de esas mansiones bajas que forman una línea uniforme, interrumpida de pronto por la esbelta torre de una iglesia. Sólo los tranvías, a intervalos, turban el silencio. Y a la hora del crepúsculo, cantan las esquilas de los conventos vecinos, llenando la calle, estremeciendo el espacio con sus ondas de plata que vuelan, como palomas, desde los campanarios.

Durante largo tiempo, los "entierros" son para nosotros visiones de infancia, porque la calle San Antonio es la calle de los funerales. Los hay humildes y grandio-

tos, tristes y alegres. Junto con el desayuno, la niñera nos trae la noticia: "Hoy habrá entierro grande, con música y militares a caballo. . ." Nos vestimos llenos de alborozo y pegamos nuestras caras al enrejado de las ventanas. La calle sonríe, repleta de muchedumbre que aguarda impaciente el cortejo. Se dejan oír los tambores y empieza el desfile de caballos enlutados y cascos con penachos. Viene más atrás el difunto, seguido de las carrozas cubiertas de flores. Y así la muerte, a nuestros ojos infantiles, se reviste de esplendor, de atónitas multitudes, de galones dorados.

Casi todos los "acompañamientos" de Santiago cruzan la calle San Antonio y dan vida al recogido sueño de sus calzadas y de sus mansiones. Pero son acontecimientos matinales y aislados. En las horas corrientes, el flojo ritmo de la calle, sus pulsaciones apacibles, nos pertenecen por entero. Y, desde las ventanas, hacemos farsas a los transeúntes y, al salir de paseo, vamos tocando sin necesidad las campanillas de las altivas viviendas del vecindario.

Obscurece. Soledad, silencio, bajo los altos faroles que, súbitamente, cobran vida. Se abren los salones para las veladas nocturnas, porque una placentera amistad une a casi todas las familias del barrio. Afuera se extingue el lento rodar de algún carruaje tardío. Medianoche. Todo rumor se apaga. Y sólo de tarde en tarde corta el sueño de la calle dormida, el silbido agudo, prolongado y triste del guardián de punto cuyo pito, como señal o como alarma, atraviesa la atmósfera para llegar hasta el guardián de la calle vecina quien responde con otro silbido desmesurado y quejumbroso.

Así era la calle San Antonio, la calle de mi infancia. . .

El niño del retrato

Sobre la cabecera del lecho de mi padre había un gran retrato al óleo que representaba a un niño de tres años, vestido de terciopelo azul. Sus ojos, anegados en luz, parecían seguir la trayectoria de las personas que cruzaban el cuarto. Era nuestro hermano mayor, Lolito, muerto poco antes de cumplir los tres años. Tan radiante y expresivo era su rostro que, aún prisionero en su marco, se sentía el anhelo de acariciarlo, de rozar levemente con los dedos sus cabellos oscuros y la cálida tela de su traje. A veces —cuando a causa de alguna riña con mis compañeros de juego— mi corazón de criatura se apretaba, yo solía ir a apoyarme contra un pilar del patio, frente al dormitorio de mi padre, y sujetando apenas el raudal de llanto que la reciente riña formara detrás de mis párpados, miraba hacia dentro. Desde la penumbra del cuarto me sonreía el niño del retrato. Y su figura azul cobraba vida, pareciendo desprenderse del marco para venir a mí y brindarme una muda, ferviente protección.

Entonces, con el alma liviana, habría deseado interrogarlo, saber algo de su breve paso por la tierra. O indagar con mis padres detalles de esa etapa sonriente y ya lejana. Pero nunca tuve el coraje de hacer ni el gesto ni la pregunta necesarios, porque el solo nombre, la sola evocación del niño del retrato, aún después de tantos

años, removía en la atmósfera demasiado dolor. Se sabían trozos sueltos del drama, frases cogidas por azar: el regocijado viaje a Quilpué en busca de felices vacaciones y sin asomos de presentimiento. . . la escarlatina. . . el médico rural que desconoce el mal y mata al niño lentamente con fuertes dosis de antipirina. . . el retorno a Santiago, trayendo al único hijo dentro de un ataúd. . .

Trozos sueltos de aquella silenciosa tragedia. Porque de él mismo, del niño esplendoroso que perduraba en el gran retrato al óleo, vestido de terciopelo azul, no sabíamos nada.

Y era preciso ¡ay! resignarse a que sólo nos contemplara desde arriba, inalcanzable y enigmático, en su altar polvoriento sobre el lecho de mi padre.

gigante, de color gris obscuro, con grandes alas blancas que cubren a las casas de arriba sacudiéndolo todo, y que desaparece luego, no se sabe por dónde.

Nunca tuve tiempo de preguntar si su tortura era de hombre o de pájaro. Tan luego como su aparición que apenas alcanza a cubrir la capota del balcón y las alas de tonaca, una de aquellas figuras alucinantes, incorporas, y sin embargo, enormes.

El primer miedo

Retiro mis ojos de la calle. Y los vuelvo a las paredes, donde continúan grupos indios. Voces entrecortadas y remidas, agudos alaridos, desgarran como arañazos el espacio. Lo peor es que nuestro instinto presiente que no hay de quien esperar auxilio, pues la angustia del

Retrocedo hacia la más lejana infancia, hacia esa zona de recuerdos que ha quedado detenida en un rincón de la mente, diáfana e imprecisa como aquellos paisajes envueltos en un velo de niebla.

Estamos en un cuarto de muebles sencillos y floreadas cretonas. Por la ventana abierta entra ancho rastro de sol que ilumina la alfombra. Sólo turba el silencio la suave presencia de mi madre mientras ejecuta gestos insignificantes y habituales. Los pliegues de su vestido, al moverse, rozan los bordes de la mesa o de las sillas. Sus manos corren presurosas sobre el claro tejido. Madejas de lana. . . Ovillar. Ovillar y después tejer. La vida transcurre inmóvil, en rica y pausada cadencia.

De pronto, un estremecimiento sacude el ambiente. El suelo se torna inseguro. Oscilan las lámparas; las paredes parecen girar y estrecharse. Ondas extrañas electrifican la atmósfera. Mi madre se levanta de su asiento bruscamente, nos coge de la mano y nos arrastra hacia la calle a la vez que de su garganta brota un grito angustioso: "¡Temblor!" Otros gritos, los de la servidumbre, le hacen eco desde el fondo de la casa. "¡Temblor!" Ignoro el sentido de tal palabra que parece siempre preceder cataclismos, pero mi imaginación sobreexcitada sabe que ella está unida estrechamente a algo insólito y terrible. Al oírla, mis ojos de niño ven una especie de fantasma

gigante, de color gris oscuro, con grandes alas abiertas, que entra a las casas de súbito sacudiéndolo todo, y que desaparece luego, no se sabe por dónde.

Nunca tuve tiempo de precisar si su rostro era de hombre o de pájaro. Tan fugaz es su aparición que apenas alcanzo a entrever la espectral palidez y las alas de muselina de aquella figura alucinante, incorpórea, y, sin embargo, enorme.

De cada casa sale gente a la calle. Y los umbrales, las veredas, contienen grupos inquietos. Voces entrecortadas y trémulas, agudos alaridos, desgarran como arañazos el espacio. Lo peor es que nuestro instinto presiente que no hay de quien esperar auxilio, pues la angustia del grito que ha exhalado mi madre, nos despoja de esperanzas. Nuestra fragilidad está fuera del mundo, en un clima de pánico. Sólo breves instantes. Pasa el temblor, como un forastero temible, y entramos de nuevo a la casa. Pero aún se oyen gritos. "¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia, Señor!". Es la "mama" Ismaela que yace de hinojos sobre las piedras del patio, con los brazos en cruz y la frente humillada. "¡Misericordia, Señor!" balbucean sus labios histéricos, con acento más apagado cada vez, más débil cada vez, hasta imitar el sollozo contenido de un niño.

Luego todo se aquieta. La casa y los rostros recobran su serenidad estática. La visión gris, siniestramente gris, se ha esfumado en el aire.

La inglesa

La veo llegar una noche, a las nueve, enjuta, apergaminada y rubia, con esa edad indefinida de algunas inglesas que fluctúa entre los veinticinco y los sesenta años. Llevaba en la mano una maleta vieja y sobre los rizos, recién salidos del bigudí, un sombrero pasado de moda, amarillento y marchito.

—“Miss Hutchinson. . . Soy Miss Emily Hutchinson...”, balbuceó en inglés, con una pobre voz cohibida cuando, tras el campanillazo nervioso, nos precipitamos todos a la puerta de entrada. Sacudió la mano de mis padres en un “shake hand” vigoroso y mirándome con simpatía me preguntó mi nombre. Guardé silencio:

—Conteste, ordenó mi padre, severo. Es la institutriz inglesa que llega de Europa.

—Nunca le contestaré, respondí tímidamente. No me gusta. . .

Mis padres se miraron aterrados. Hoy pienso que los ojos de él decían: “He hecho un gran sacrificio pecunario. La niñera ha venido en un barco caletero, barato es cierto, pero de todos modos demasiado costoso para mis entradas. Un gran sacrificio. Y esta niñita empecinada. . .

—Tiene demasiado sueño, explicó mi madre. Mañana será ya otra cosa.

Pasaron los días, los meses, un año. Y yo continué encastillada en mi actitud rebelde. “¿No entiende que es por su bien? exclamaba mi padre. ¿No ve el beneficio que trato de hacerle? ¿No siente que es necesario, indispensable, saber inglés? Una lengua más es como un alma más”. Y ante mi cabeza gacha y mi expresión taimada, se cogía la cabeza a dos manos murmurando: “¡Hay niños que son asnos! ¡Asnos!”. Yo, entretanto, envidiaba la suerte de mi hermano que, después del colegio y en compañía de dos primos, daba lecciones con Mr. Bingle, inglés exuberante, juguetero y pintoresco, quién casi en seguida, fue también mi profesor.

—Bien, advirtió un día mi padre, mirándome terca-mente. Se quedará sin postre mientras no cambie de conducta.

—Si quieren contestaré “yes”, pero nada más que “yes”, transigí, exhalando uno de esos hondos suspiros que en los niños preceden al llanto.

Aquel “yes” fue el único vínculo entre mi personita y la inglesa que cada día se fue sintiendo en la casa más desorientada, más sola, con esa tremenda soledad del destierro, a lo que se unía el aislamiento de no poder hablar y de no poder oír. Ella no sabía español y nadie en la familia hablaba inglés. Terrible forma de prisión. Hasta que un día, viendo la inutilidad de su presencia en nuestro hogar, mi padre la embarcó de regreso a su patria.

Pobre Emily Hutchinson. Hoy, cuando pienso en tí, algo vibra y se remueve en el fondo de mi corazón. Saliste un día de viaje, muy lejos, llevada por el urgente apremio de tu destino obscuro, dejando atrás los mínimos objetos y los recuerdos sin grandeza que hasta entonces te hicieron llevadera la vida. El cañamazo con su punto de cruz y su aguja, quedó inconcluso en el viejo cajón del armario. Y el tosco reloj de sobremesa, heredado de la abuela, cantó solitario las horas en la casa de pensión. Partiste hacia ambientes y climas hostiles y tu historia se entrelazó a la de todos los seres malogrados y anóni-

mos cuya insignificancia se arrastra muriente y escondida. Son almas que nunca realizan la gran esperanza. Y —tú lo sabes, Emily Hutchinson— entre afanes y desarraigos, la vida pasa y se deshoja lentamente como un árbol olvidado del agua.

Los niños hacen sufrir sin saberlo. Más tarde, a través de un vidrio de aumento, miran el mal que causaron en su inconsciencia. Y darían un mundo por remediarlo. Pero no siempre pueden tocar las cenizas del pasado.

Hoy, no sé porqué, veo llegar desde el fondo de mi infancia a la inglesa errabunda con su absurdo sombrero y su figura enjuta. Y una inmensa piedad, un anhelo de pronunciar la palabra que mis labios de niño no supieron decir, sube en precipitados latidos desde mi corazón.

La pieza de jugar

No hubo bastantes muebles para vestir todos los cuartos de la casa, adquirida en la alborada del matrimonio, y el que quedó vacío se convirtió en "la pieza de jugar". Recuerdo de ella, una pared empapelada de un verde enfermizo, llena de informes dibujos que trazaban nuestras manos menudas y, contra la pared, una alta chimenea en la que rara vez ardía el fuego y por cuya hendidura, durante los días de invierno, pasaba ululando el viento. El verdadero oficio de esa pasiva chimenea era, en realidad, recibir en Navidad nuestros zapatos para que bajara el Viejo Pascuero por el cañón lleno de hollín a llenarlos de juguetes. Al aproximarme a la rolliza mole de la chimenea, en la mañana de Pascua —esa mañana en que el sol, entrando a chorros por la ventana abierta tornaba en oro deslumbrante el triste papel verde enfermizo— yo temblaba cada año del mismo angustiado terror de encontrar vacío mi zapato. ¿No era lo natural? ¿No fui rebelde muchas veces? ¿No inventé bromas para asustar a los sirvientes, llegando hasta dar un tijeretazo a una blusa encarnada de la cocinera un día en que se peleó con la "mama" Ismaela?

Mi corazón —y creo que asimismo el de los otros niños— latía de ansiedad al acercarme a la sombría chimenea cuyo cañón, que nunca se limpiaba, había almacenado hollín durante años, pero que a nuestros ojos era

la escala mágica que traía cada año, con su precioso bul-
to a las espaldas, al viejo misterioso desde el cielo. El
corazón latía. Pero siempre las manos diminutas recogie-
ron zapatos cargados de juguetes.

En la pieza de jugar se estaba como al margen del
mundo y se vivía una existencia irreal. Era el último apo-
sento de la casa, abría a un patio lleno de camelias, y
deslindaba con una antigua cochera de la que, todos los
días y a la misma hora, salía un carruaje de lujo con
briosos caballos y flamantes arneses. Nos gustaba mirar
por la ventana y ver salir el carruaje. Al sentir el piafar
de los caballos sobre el zaguán empedrado, suspendíamos
nuestros juegos para asomarnos a la calle. Entonces apa-
recía el carruaje, todo brillante bajo su barniz oscuro.
Iba a estacionarse delante de una casa vecina y luego,
cuando sus dueños lo ocupaban, se perdía doblando la
esquina.

En el fondo de esa cochera habitaban unos niños:
los hijos del cochero. Había una niña de mi edad, des-
greñada y morena, que jugaba generalmente en la vere-
da de la calle y se entretenía a ratos en mirar a través
de la ventana nuestra lo que ocurría en la pieza de ju-
gar, aplastando su nariz contra los vidrios. Nunca cru-
zamos palabra alguna ella y yo, pero nos entendíamos
con los ojos. Los de ella decían, entre maliciosos y nos-
tálgicos: "Soy más feliz que tú porque la calle es mía . . .
Tú eres un poco prisionera . . ." Y me sacaba la lengua.
Yo, en cambio, para vengarme, gustaba de hacerla creer
que en la pieza de jugar existía una cueva por la que
aparecían princesas y duendes. Me agachaba repetidas
veces, gesticulando y haciendo gestos con las manos. Y
nunca dudé de que la niña de la calle interpretaba se-
gún mi pensamiento aquel mudo y extraño lenguaje.

Pero, en el fondo, yo envidiaba su vida misteriosa y sus
andanzas callejeras.

Tarde, en la noche, el carruaje volvía a guardarse, desapareciendo hasta el día siguiente en la sombra llena de secretos de la vieja cochera. Yo pensaba en la niña de la calle, en su rostro malicioso y en su mansión oscura. ¡Allí sí que, de verdad, debían existir cuevas pobladas de duendes!

Se llamaba Inés

Se llamaba Inés y era toda ella como una llama, pálida y temblorosa. Cuando cumplió dos años y empezó a hablar, mi madre nos dijo: "Traten a su hermanita con cuidado, con gestos suaves. Es distinta de las demás..."

Nuestra curiosidad se despertó en seguida: "¿Por qué es distinta de las demás? ¿No siente como nosotros?"

—Al contrario, siente más, mucho más que Uds., contestó mi madre gravemente.

Quisimos saber en qué consistía, entonces, la diferencia.

—“Es demasiado fina, explicó ella. Cualquier cosa la puede romper”.

Miramos con estupor y con un poco de desdén a aquella criatura alba y preciosa, de rubios cabellos y desmesurados ojos verde mar. Se nos antojó una muñeca quebradiza y juzgamos más prudente y más cómodo prescindir de ella en la vida cotidiana.

Fue creciendo, cada día más esbelta y más diáfana. Pero vivía su mundo aparte, ajena a nuestros juegos y a nuestras risas. Cualquier rumor la amedrentaba y entonces abría inmensos los ojos verdes, esos maravillosos ojos color de algas marinas, y miraba ansiosamente a su alrededor. Quería mezclarse a la ronda triunfal de los otros niños, pero permanecía inmovilizada al borde del bullicio, llena de timidez y de pudor, hasta que algo, cualquier detalle, la hacía sentir que aquel luminoso mundo de la infancia era para ella un mundo prohibido e in-

franqueable. Se aferraba de nuevo a las faldas de mi madre, ávida de seguridad y protección, como si comprendiera que su sensibilidad era una valla entre ella y el universo exterior.

Iba siempre cogida de los flecos de seda de un chal de cachemira que usaba en la casa mi madre. Al soltarlos, perdía bruscamente el equilibrio y oscilaba, próxima a caer al suelo. Mi madre, a menudo, hizo el experimento de cortar con unas tijeras y a hurtadillas los flecos que ella oprimía entre los dedos y dejarlos separados del chal. Y ella, sin notar el subterfugio, seguía caminando muy entera, con los hilillos de seda en la mano, sostenida sólo por su ilusión. Aquellos flecos eran su amuleto, su varillita de virtud.

Surgen los recuerdos y las visiones, fugitivas como un destello, y archivadas en el fondo de ese templo de la memoria en que vamos amontonando emociones lejanas. Emociones que duermen a veces durante años, pero que de pronto afloran a la superficie y nos remecen y nos ahogan con su fuerza de aguas muertas. Se me aparece cierta velada familiar. Sentada en la antesala, junto a la gran mesa de centro, ante un pliego de papel y con un lápiz en la mano, yo hacía "monos". Por azar levanté la cabeza y quedé estática observando el desarrollo de una sutil, casi imperceptible trama. De pie al otro lado de la mesa, ella vio algo que relucía y que atrajo violentamente su atención. Esta vez se atrevió a actuar y estiró los finos dedos para coger el objeto deslumbrante. Pero una mirada severa —de no sé qué rostro— la detuvo. Entonces, sacudida por uno de sus terribles miedos, retiró un poco la mano y permaneció en suspenso, muda, desamparada, contemplando el objeto con ojos ansiosos, como se contemplan las cosas que se verán por última vez.

Yo observaba interesada. Y esa pequeña mano —esa mano que nunca más se atrevería— detenida un instante en el aire, apareció ante mis ojos de niño como algo infinitamente vulnerable y precioso. Luego los dedos diminutos temblaron en el aire y ese temblor se fue transmi-

tiendo al brazo suspendido, a la boca quebrada en un sollozo, al cuerpecito entero. Toda ella tembló. Y no vi más. Fue como si de pronto se hubiera corrido un telón porque bajé la vista de nuevo sobre el papel y me sumergí en mis garabatos. La visión me había turbado tanto que tuve la impresión de que mis ojos por primera vez aprendían a mirar. Pero, por una de esas extrañas reacciones infantiles, fingí no haber visto ni el gesto, ni el ansia, ni el temblor, y adopté una actitud indiferente, guardando para mí sola, como un tesoro, aquella escena que me pertenecía y que estaba intacta porque no hubo más ojos que los míos para cogerla.

Pasó un año. Y una tarde, durante un veraneo a la orilla del mar, dentro de una finca que arrendaron mis padres en la cumbre de una colina romántica, como una llama que se apaga la niñita etérea dejó de vivir, recién cumplidos los siete años. Fue la primera vez que palpé de cerca la muerte. Mi padre nos hizo acercar con precaución a la zona de blancos lirios que la enmarcaban. Allí estaba, fría, inmóvil, y sin embargo, idéntica a sí misma. Había permanecido a nuestro lado aislada y llena de misterio y ahora, a pesar de los párpados bajos, parecía mirarnos desde su soledad. Pensé que en su rostro había un reproche para mí, para todos los niños. ¡Qué poco la entendieron y qué lejos vivió de la gente de su edad! Nuestra exuberancia ruda y ciega no pudo penetrar esa sensibilidad exasperada que la envolvía como una red.

Al día siguiente del entierro bajamos la colina aromática en un coche tirado por tres caballos, dejando atrás la casa en que nos visitó la muerte.

No necesito esforzar la memoria para trasladarme a aquellas vacaciones cortadas un día brutalmente. Había dos terrazas en la casa: una mirando al valle, la otra a los cerros que, en ascensión escarpada, subían hasta incrustarse entre las nubes. Desde ambas terrazas se contemplaban paisajes diferentes. Arriba, echadas sobre senderos espirales, la silueta de una iglesia diminuta con su torre de juguete y al lado una gran villa con jardín que

recibía los juegos de un enjambre de niños. Abajo, muy cerca, antes que los ojos se estrellaran con el valle lleno de árboles y casas, un sitio abierto en el que trabajaba un grupo de artesanos.

Suspendida en el balcón, yo permanecía largo rato observando atentamente los movimientos de un leñador. Y de pronto descubrí con sorpresa que más rápida que el oído es la visión. Caía sobre la madera el robusto brazo sosteniendo el hacha y sólo un instante después repercutía el golpe seco. Este descubrimiento me pareció un milagro y me llenó de regocijo. A tal punto, que aún recuerdo mis ojos agrandados por el asombro al recoger el rítmico ademán del carpintero y luego esa ansia de mi pecho de diez años en espera del terco sonido del hacha contra la madera lastimada.

Abandonamos aquella finca alegre y bulliciosa, a la semana siguiente del tremendo duelo. Veo todavía la hilera de altas ventanas alineadas como centinelas, arriba, y la torrecilla de madera destacándose contra el cielo, mientras nuestro coche, cargado de maletas, descendía lentamente hacia el mar por un camino emboscado que, no sé por qué, los niños bautizamos con el nombre de "el camino de las norias". Ignorábamos el significado de la palabra noria, pero algo en ella nos sonaba a música. Envuelta en sus cardenales y enredaderas la casa de la cumbre nos miraba y su hálito parecía aún estrechar nuestras vidas. El coche se alejaba. Y dentro de él, mi madre posaba en nosotros sus ojos enrojecidos por el llanto. Faltaba un niño, el más bello, el más querido, el que murió en lo alto de la colina.

Y cuando el coche enfrentó el último recodo, ella no pudo más y se cubrió el rostro con el pañuelo para evitar la visión de aquella casa que nos había traicionado. "¡Ya no se ve! ¡La tapan los árboles!", gritó uno de los niños, agitando los brazos. Le hicimos eco, regocijados ante lo imprevisto de la brusca partida, ante el próximo ajeteo del viaje en tren, olvidados ya de la niñita pensativa y sin medir la magnitud de lo que habíamos perdido.

Chin

Cabecitas rubias se asoman tras las rejas de unas ventanas. Son los hijos del profesor de piano que habita frente a nuestra casa. Es una extensa morada con gran jardín interior que presiento lleno de rincones misteriosos y de selváticas sombras, como uno de esos extraños jardines de mis sueños. De adentro surgen arpegios, escalas y acordes que atraviesan la calle y llegan hasta mí, envolviéndome en mi atmósfera predilecta, en aquella que encierra la certeza de un presente dichoso. ¿Dichoso? Es cierto que Chin, el más querido de los primos, está enfermo hace un mes. Pero la punzada de angustia que me trae al alma su recuerdo, se borra bajo el aterciopelado roce del piano distante y bajo el rítmico golpear de la lluvia que cae. Música y agua, piano y lluvia, forman un círculo que me rodea hundiéndome en una sensación de infinito bienestar.

Mi padre entra, de madrugada, al dormitorio y se instala grave, pensativo, entre nuestras camas infantiles. Nos acaricia suavemente. Luego murmura con voz persuasiva:

—Tienen que hacerse el ánimo... Se nos muere Chin.

Es como si, brutalmente, hubiésemos caído dentro de un pozo oscuro. La habitación se llena de muerte, de ese

algo pavoroso e indefinible que es para nosotros la muerte. "Un ángel negro..." había dicho uno de los niños el día en que para siempre se cerraron los ojos de la vieja criada. Y ese tenebroso ángel negro era el que ahora bajaba a la tierra para arrebatarnos a Chin.

—¡Queremos verlo! sollozamos. Antes de que se vaya, ¡queremos verlo!

Sabemos que nuestra súplica va a quedar sin respuesta. Mi padre se aleja del cuarto, dejándonos solos frente a aquel dolor desmesurado que se aposenta en la penumbra como un fantasma. Por la calle pasa un vendedor ambulante, gritando alegremente: "¡Escobas, plumeros! ¡Escobas, casera!".

He ahí lo que nos desconcierta: comprobar que las cosas continúan su curso como antes. Sólo concebimos la vida a través de la presencia de Chin, de sus palabras y actitudes. Es nuestro eje. Con él entra siempre al hogar un jirón de lo imprevisto; su charla nos abre las puertas de un mundo nuevo y que le pertenece por entero, pues sólo él es capaz de construirlo. No porque su fantasía sea mayor que la nuestra. Al contrario. Evocándolo hoy, lo veo dotado de una madurez de espíritu, extraña a su edad, pero lo veo positivo, bien plantado en la existencia cotidiana, sin esa nostalgia de infinito, sin ese alado impulso que nos lanza de súbito a una comarca irreal, cortando las raíces de nuestro ser con el universo exterior.

Me enfrento, por primera vez, con un dolor excesivo para mi coraje de niña. Miro a mi alrededor. En el espejo del cuarto, en los pliegues de las cortinas, en la lámpara, se trazan sus rasgos, se agrandan, se achican, desaparecen para retornar de golpe. El aire está impregnado de su voz, su voz exuberante y un poco autoritaria que nos relata anécdotas del colegio con el secreto goce de saber que nosotros no poseemos nada tan valioso que narrar; su voz llena de matices que arranca la esencia misma de los libros para desparramarla en nuestra diaria mediocridad. Entonces pienso en las conversaciones inconclusas, en las preguntas nunca formuladas, en las res-

puestas que permanecieron intactas, sin que su significado viniera a calmar quien sabe qué infantiles sobresaltos. No lo veremos más. Sin embargo, todo continúa como si nada trascendental, nada memorable, hubiera caído sobre nuestras vidas. Allí, sobre la mesa, está David Copperfield con sus tapas ribeteadas de oro, con la página doblada en lo alto del capítulo que él debía leernos a la tarde siguiente. Pero la lectura quedó bruscamente interrumpida.

Me asomo a la calle oscurecida de lluvia. Estamos en mayo. Los claros rostros de los hijos del profesor de piano, sonríen siempre por entre las rejas de su ventana.

Estoy pesada de recuerdos. Vienen, se van. Uno de ellos toma cuerpo y se alza refulgente como el relámpago sobre un cielo oscuro. Hace tiempo, mucho tiempo. Es el día en que Chin cumple trece años. Acicalada con un trajecito de terciopelo verde, llego a su casa y penetro a la sala familiar, llevando mi regalo. El está allí, vestido de azul, con la arrogancia de quien cree haberse convertido de súbito en un hombre. Abre el paquete que le tiendo y mientras corre alborozado a mostrar el obsequio a su madre, un diablillo juguetón dentro de mí me empuja a esconderme tras la cortina de la sala. El vuelve, yo atisbo. Lo veo recorrer el cuarto con ojos inquietos; luego, una expresión enloquecida va cubriendo su rostro habitualmente sosegado. Abre la boca con ese gesto que anuncia al grito. Y de pronto su voz llena la sala, inunda las paredes, se desparrama por toda la casa: "¡Flori...! ¿dónde estás, Flori?" Yo, detrás de la cortina, saboreo en silencio mi triunfo. Entra el padre, posa una mano sobre el hombro de Chin y murmura benévolo: —Es malo empezar tan temprano...

Estoy pesada de recuerdos.

Caigo súbitamente al ambiente milagroso de la quinta, con sus grandes cuartos henchidos de sombra y de silencio. Afuera nos aguarda la cobijante higuera junto al pozo lleno de sapitos que devuelve nuestras imágenes como un espejo. Más lejos hay un prado de sandías que

cogemos y tiramos al aire con la livianura de pelotas de goma para que se destrocen al estrellarse contra el suelo y nos brinden su carne rosada. Pájaros domésticos o errantes nos rodean. Palomas en los aleros, gallinas picoteando la tierra en torno a la cresta del gallo; zorzales, diucas y tordos que de los nidos pasan a nuestras manos infantiles para ser favoritos.

Sin esfuerzo veo al jilguero verde, vetado de oro, que cogió Chin un día y a quien bautizó con el nombre de Pichon d'Or. Teníamos prohibición de tocarlo. Mientras desde la quinta iba Chin al colegio, permanecía el jilguero en su jaula, inaccesible para nosotros y tentador como un fruto de lujo. Cierta día, yo no resistí el ansia de cogerlo un instante y, trepada a una escalerilla rústica, entreabrí la puerta de su cárcel. Más, un poco más, para que pueda penetrar la mano. El jilguero se agitó cuando mis dedos fueron cerrándose sobre el verde plumaje hasta sentir los latidos de su corazón. Quise sacarlo de la jaula, pero ¡ay! —no supe nunca de qué modo— el pájaro se escurrió entre mis dedos. No muy lejos. Bajando a tierra, comenzó a saltar en medio de unos rosales. Yo lancé un grito y los niños, cómplices de mi aventura, permanecieron con los ojos aterrorizados y fijos en el precioso fugitivo. No osábamos hacer el menor movimiento. Entretanto Pichon d'Or iba de rama en rama, mariposeando, como si quisiera jugar con nuestra angustia. “¡Se morirá de hambre! ¡No sabe volar!”, exclamó alguien. Pero de pronto, el pájaro, saboreando recién su libertad, abrió las alas y se remontó hacia el cielo, ebrio de goce. Aleteaba, aleteaba, acercándose quizás a su muerte. Un momento lo vimos posarse sobre la techumbre de un corral. Luego desapareció de nuestra vista para siempre.

Partí desesperada hacia mi cuarto. Me sentía responsable de una falta que jamás me permitiría ser feliz. Después... Estábamos todos congregados tras la reja de la quinta cuando regresó Chin del colegio. Debemos haber tenido aire de penitentes, con las cabezas gachas, mudos

y avergonzados. Al mirarnos, él presintió seguramente la desgracia porque se precipitó hacia la jaula. "¡Salvajes!" oímos que gritaba. Luego, con las mejillas lívidas, permaneció largo rato inmóvil frente a la diminuta puerta abierta. "Le pediré perdón, pensaba yo, me humillaré hasta que vuelva a ser el de antes". En vez de eso, estallé en llanto mientras mis compañeros, en una confusión de voces, peroraban frente a Chin, inventaban disculpas, ofrecían sus pájaros. Pero él, siempre pálido y con ojos ahondados de ira o de pena, los miró un instante de alto abajo y corrió a encerrarse en su pieza, no sin antes lanzarme como un latigazo: "¡Te odio!" Vivió muchas semanas sin hablarme, sin mezclarse a mis juegos, detestándome.

Bórranse los recuerdos y desciendo a la dura realidad.

Los hechos ocurrieron de un modo tan sencillo y a la vez tan precipitado, que no parecieron penetrar en mí sino quedar al lado afuera, como esos sueños incoherentes en que sentimos la imposibilidad de mover los miembros y sin embargo avanzamos, avanzamos, bajo el mandato de una contradicción inexplicable que sólo el despertar va a descifrnarnos.

Chin murió al caer el día. Más bien dicho, Chin y el sol murieron juntos. Su acompañamiento pasó a la vera de nuestra casa, en camino hacia el río, pórtico del cementerio. Levanté con un dedo el visillo de una ventana y vi la carroza cubierta de flores en que partía lo mejor de mi infancia. Pero no pude llorar. Mi actitud ante la muerte se repetía y fue siempre la misma a través de la vida: una frialdad externa, una paralización del sentimiento que me tornaba rígida, desconcertando a la gente. Era, tal vez, la suprema defensa de todo el ser para seguir viviendo. Mi madre y mis hermanos —propensos a las lágrimas y aun a los desmayos— no comprendieron nunca esa actitud. Acaso de allí nació en la familia el

concepto de "la niña mala porque no siente del mismo modo que nosotros". Yo, entretanto, avanzaba solitaria por esa especie de prisión cerrada que nacía en mí ante los grandes dolores y procuraba hacer los gestos convencionales, decir las palabras oportunas en tales circunstancias. Pero sin resultado: el grito permanecía adentro.

Cuando pasó el cortejo fui a reunirme con los otros niños y vagamos por las piezas, distraídos, cabizbajos, sin encontrar qué hacer. Era un domingo. Del patio entraba un vientecillo frío de mayo que hacía tiritar nuestros cuerpos. "¡Qué frío...!", murmurábamos, estremeciéndonos, sin saber a qué atribuir su crudeza extraordinaria. "Chin ha muerto..." repetíamos después. Pero ¿qué era eso, la muerte? Me sentía insensible, atontada, sin otra impresión que la de un gran asombro al comprobar que la vida en torno continuaba como antes y que las personas se atrevían a seguir existiendo. "Mejor será no recordar la manera entre atrevida y risueña con que Chin se precipitaba a nuestro encuentro cada vez que venía..." pensé en diversas ocasiones. Pero no conseguí experimentar tristeza. Era como si un velo me separara del dolor en el preciso instante de tocarlo.

La pena, la verdadera pena, estalló bruscamente, muchos meses más tarde.

La hacienda

En un mediodía de invierno llegamos al fundo cercano a Santiago que mi padre acababa de comprar. Desde lejos apareció la gran casa colonial que surgía de la tierra, chata, sombría, imponiendo su pesada mole en medio de un paisaje adusto y sin holgura. Pequeñas ventanas con barrotes de hierro nos miraban con sus ojos sin alma, mientras el musgo y la hiedra adheridos a los alerós mecíanse tristemente.

Con un quejido se abrió la puerta maciza de la casa, mostrándonos su abandono. Paredes blanqueadas a la cal, como las de un convento, dividían los cuartos. Paredes, a primera vista, sin vida. Pero que luego entregaban jerglíficos oscuros, trazados sobre la máscara blanquizca: rayas, arañazos, cavidades, descascaramientos, que semejabán letras. Era como si los personajes que antaño habitaron aquella morada, para no perecer enteramente, hubieran dejado señales en los muros. Había rasgos, al parecer, viejos de un siglo; otros menos antiguos y otros, otros. Mundos superpuestos que imponían su sombra.

—¿Y aquí tenemos que pasar ahora los veranos?, gimió alguien, mientras mi madre decía azorada: “¡Qué triste es todo esto, Dios mío! Fuera de que la casa está casi inhabitable, dicen que estas tierras de Lo Herrera traen mala suerte al que las compra o las trabaja”.

A medida que recorríamos la interminable hilera de

piezas oscuras, el largo corredor de ladrillos rojizos cubierto por un sombrío alero, aumentaba la impresión desastrosa. En torno a la casa se extendía un jardín melancólico y más lejos los restos de un gran bosque quemado intencionalmente, según se decía, por el último administrador que, creyéndose dueño, se vengaba de que llegara por fin un verdadero poseedor de esas tierras, mantenidas en litigio durante largos años. Como símbolo de muerte, los troncos carbonizados erguían su negra desnudez, mientras gritos estridentes de tuiques y otros pájaros de presa vibraban en el aire.

Nadie durmió bien aquella primera noche y al día siguiente las criadas aseguraron que habían sentido "penar". ¿Tenía algo de extraño que los duendes aposentaran en aquel caserón? Había sido abandonado por los vivos, divididos por pleitos, y parecía guardar el rastro de presencias extinguidas, en torno a las cuales terribles pasiones se tejieron. Una a una fuimos conociendo las leyendas que, durante más de un siglo, habían envuelto con su hálito las tierras de Lo Herrera y creamos contacto con algunos personajes del pasado: doña Bárbara Molina y Agüero, la poderosa y altiva castellana que, al vigilar la prosperidad de sus riquezas con ojos magníficos y crueles, iba acrecentando su poder sobre los seres que la rodeaban y extendiendo sus dominios muchas leguas a la redonda; el demente Herrera, hijo suyo, quien, luego de muerta la madre, vivió cautivo en un sótano bajo el oratorio de las casas hasta que pereció de terror, llenos de lágrimas los ojos. Cierta obispo que, en períodos de disturbios, enterró tesoros religiosos en las entrañas de esa tierra, muriendo sin revelar a nadie su secreto. Por fin, doña Josefa Petronila de Alcántara y Molina, conducida por sus herederos desde las casas de Lo Herrera hasta las aguas del río Valdivia y allí llevada en una balsa que zozobró ¿deliberadamente? Así lo dijeron las malas lenguas. Tales eran los personajes que formaban el telón de fondo de aquella sucesión de propietarios de la hacienda. Siguiéron otros y otros. Y siempre en torno

a sus vidas y a sus muertes, las tierras de Lo Herrera, tentándolos como acicate terrible. Tierras codiciadas y defendidas por ellos con ahinco. Hasta el crimen.

Yo creía, a veces, en los crepúsculos, divisar la alta silueta de doña Bárbara saliendo del oratorio al anochecer y cruzando el corredor, como un centinela, con un candelabro de plata en una de las manos mientras la otra mano iba asegurándose de que las numerosas puertas permanecían inexpugnables bajo sus barras de hierro. Al pasar, su figura arrojaba sobre la pared una sombra que tenía formas terribles junto a la que trazaba el candelabro. Pero ella continuaba su ronda nocturna, sin mirar a los lados, sumida en las profundidades de su alma enigmática y oscura. Luego me parecía ver los flacos brazos de la solterona doña Josefa Petronila vibrar en el aire como abanicos antes de que su cuerpo endeble fuera tragado por las aguas.

Envuelta en el halo turbador de esas visiones, empecé a sufrir de terrores nocturnos. Y cuando la casona entera dormía, yo me quedaba inmóvil bajo el mosquitero de tul atenta a cualquier ruido y sin atreverme a apagar la luz vacilante de la vela. En un paroxismo de pavor sentía junto a mí alas de vinchucas y murciélagos; y afuera, muy cerca, aquel vago rumor de pisadas que empezaba a escucharse a medianoche. Mi puerta permanecía abierta al cuarto próximo en que dormían mis hermanas y éste a su vez comunicaba con el gran dormitorio de mi madre, velado por el suave resplandor de una lamparilla de noche. Desde allá llegaba hasta mí una voz en sordina:

—Apague la vela.

—Sí, mamá.

Soplaba yo la llama, pero al punto crecía a mi alrededor el ruido de alas y mi corazón latía como si cayera sobre él un peso insostenible. Entonces estiraba una mano cobarde para frotar la cerilla cuya claridad iba a disminuir mi sobresalto.

—¡Apague la luz, he dicho! repetía, severa, la voz.

—No puedo dormir. Tengo miedo...

—¡Ah, criatura! Venga aquí, entonces.

Aquella invitación, no siempre recibida, era para mí una clarinada de ventura. Pies desnudos, atravesaba el cuarto de mis hermanas dormidas, precipitándome en el lecho de mi madre. Allí, hundida como en un refugio seguro, apagábase el miedo, esa cosa viva. No más alas ni fantasmas. Mi espíritu salía de la zona confusa y casi de inmediato me tumbaba en la magia del sueño.

A los pocos días de llegar salimos a recorrer el campo montados sobre unos pingos flacos. En aquella tarde roja y gris, una visión de magnificencia quedó prendida a mis retinas. Cerros gigantes formaban una corona que circundaba la tierra y la más rara variedad de paisajes se iba ofreciendo a nuestra vista: de una zona árida se pasaba de súbito a sonrientes esplanadas llenas de sauces o a senderos en que las higueras echaban su ramaje sobre nuestras cabezas, obligándonos a inclinar el cuello hasta tocar las crines del caballo. Y de pronto, entre los árboles y los faldeos, un hueco, un portezuelo, por el que aparecía como un milagro la cinta clara del río, deslizándose lentamente en su lecho de pedregullo. ¡El Maipo! Era el Maipo con su puente, iluminado por un último rayo de sol.

Desde aquel primer paseo, sin que yo lo supiera, me marcó esa tierra con su fuerza. Fue como una enorme entraña que se abrió para envolverme en su calor, en sus secretos, en su misteriosa vida vegetal. Y quedé ligada a ella para siempre.

Volvimos a salir todas las tardes. Y cada vez, aquel valle sin plantaciones, aquellos potreros sin riego, oprimidos por la ruda cadena de cerros, se presentaron ante mis ojos de niña como la imagen viva de la belleza, una belleza amenazadora y terrible que envolvía a los seres en su potencia.

Los administradores no duraban. El primero de ellos, tío Rafael, de carácter solitario y tal vez romántico, trabajó durante un año, haciendo desmalezar potreros, limpiar acequias, sembrar trigales. Pero partió una tarde sin que supiéramos la causa y nunca más vimos su hermosa cabeza coronada de negros cabellos ni oímos su palabra pintoresca que traía un poco de magia a nuestras mentes infantiles. El segundo administrador, don Esmeraldo San Juan, fue también un gran amigo de los niños. Tenía un nombre atrayente como sol mañanero y un rostro ancho, tostado, en el que brillaba la mirada impregnada de tristeza. Era nortino y allá en sus mocedades había adquirido cierta cultura que fue perdiendo en la áspera vida de trabajo. Vivía con su esposa, doña Candelaria, y con sus pequeños hijos en una reducida casona de adobe que deslindaba con nuestro caserón.

Cristalina era la risa de doña Candelaria quien gustaba obsequiar a los niños de sus patrones con alfajores y almendrados hechos por sus gordas manos de campesina. Pero se decía que su alma era cruel. Luego supimos con horror que ella misma degollaba a los chanchitos lechones que se servían asados los domingos en el rancho de adobe. Y cierta tarde la vimos avanzar hacia un canal vecino llevando en su delantal una parvada de gatos diminutos. Por sobre el blanco linón del delantal aparecían cinco pares de orejas aterciopeladas y cinco minúsculos hocicos. Antes de que pudiéramos asirnos de sus faldas para detener el impulso villano, arrojó a las aguas del canal, con una carcajada, su palpitante e indefensa carga. Desde aquel día, los niños nos negábamos a probar las golosinas que sus perversas manos fabricaban.

Don Esmeraldo tenía en su persona una dolorida dignidad. Levantado al alba, antes del toque con que la campana llamaba a los peones, cruzaba el largo corredor de las casas para dirigirse al patio de carretas y, al enfrentar las puertas de nuestros dormitorios, removía un instante la inmovilidad de la aurora con el metálico tintineo de sus espuelas. Aún me parece sentir mi sueño de entonces

vagamente perturbado por el cascabel de plata. Pero, durante las noches, don Esmeraldo no podía dormir ni reposar de su jornada de trabajo, porque una guitarra tañía hasta después de las doce, y una voz sonora e insolente —la de su esposa— cantaba impávida y con garbo: “lo llaman el Quitapenas porque nació para amar...”

Cada día las pupilas del administrador aparecían más tristes. Cada día su cuerpo rechoncho iba más encorvado. Una mañana, por fin, el silencio que envolvía las casas fue cortado por un estampido. El séquito de capataces y peones que acudió presuroso al escritorio de pago vio, bañado en sangre e inanimado ya, el cuerpo de don Esmeraldo San Juan. Se había pegado un tiro.

Pero las cosas pueden cambiar. Lentamente, nuestras presencias, nuestros gestos, nuestras voces, se apoderaron de la mansión inhabitable, de sus campos sin riego, y la tétrica fisonomía de la hacienda empezó a hacerse grata. El paisaje cobró vida, se animó y los más desolados rincones pobláronse de verde.

Recuerdo una mañana, después del desayuno, al acercarme a aquel melancólico jardín que se extendía frente al corredor, a aquel jardín sin colores ni perfumes, haber descubierto de pronto un prado lujurioso, cuya lozanía cegaba. Era como un estallido de vida en medio del cuadro muerto. Exhalé un grito de contento: —“¡Ayer no estaban! ¿Quién puso ahí esas flores?” —“Son cineas, explicó la llavera que venía a mis espaldas. Eché esas semillas por si acaso... Y han brotado en este jardín sin agua”.

Nuestra fantasía iba agregando lo que faltaba. A un camino árido y polvoriento lo llamamos “el camino de las rosas” y corríamos por él al trote de nuestros caballos, con el alma ligera. Pronto, por todas partes, brotaron en efecto, rosas, árboles y trigales dorados. La hacienda se transformaba. Un flamante break tirado por briosos alazanes y después un automóvil reemplazaron al coche de trompa que fue a dormir entre los trastos viejos. La luz eléctrica llegó triunfante y las lámparas de parafina se

escondieron humilladas. Los campos pasaron a ser jardines en manos del último administrador, ingeniero que abandonó su profesión para consagrarse a esas tierras. Surgieron silos, estanques, sementeras, campos de alfalfa, cerros tupidos de cipreses que se regaban por medio de acueductos, bosques de acacias y eucaliptus, interminables bosques.

Durante las noches no turbaba ya mi sueño el revoloteo de siniestros insectos ni el misterioso suspiro de presencias invisibles. Como una música, el concierto de sapos iba llenando el silencio nocturno con una sola y larga sílaba. Luego, muy tarde, sentíase el silbido del tren a lo lejos y la rítmica trepidación de sus ruedas en los rieles. Gente que partía hacia el sur. Gente que volvía del sur. Era fugaz como un destello aquel rumor amigo, meciendo un instante la transparencia de mi primer sueño y trayendo al alma no sé qué nostalgias. El tren se iba perdiendo en la lejanía de los campos sin fin y la noche recobraba su majestad callada.

Cuando volvíamos de regreso a las casas después de las diarias cabalgatas, las luces amarillentas de los ranchos nos salían al encuentro en la oscuridad del crepúsculo y nuestro olfato aspiraba un olorcillo a horno de barro caliente y a plebeyas marmitas humeantes. La bulliciosa cabalgata caminaba en silencio, envuelta en la gran paz de las noches campesinas.

Cuántos años veraneamos de ese modo. La hacienda, ahora, tenía siempre cierto aire de fiesta. La gente entraba y salía. Los automóviles se cruzaban en el pórtico ojival, como los de ciertos conventos. Al salón llegaron un piano y un gramófono. Era bulliciosa la larga sobremesa de las comidas y, para los almuerzos de los domingos, se levantaba bajo la sombra de las encinas centenarias una mesa circular que solía albergar a más de treinta personas.

Dejamos atrás la infancia, la adolescencia. Mi hermano vivía rodeado de artistas y los reunía en un taller que se había hecho construir en medio del huerto, junto a la

flamante cancha de tenis. Allí conocí al pintor Rafael Valdés, muy bajo, muy delgado, con barbas nazarenas que prestaban inusitada gravedad a su rostro pálido y con ojos verdes tan hermosos que cuando jugábamos a expresar nuestro mayor anhelo, yo afirmaba sin vacilar: "tener ojos como los de Rafael Valdés..." Conocí también a otro pintor, José Backaus, alto, refinado, melancólico, trasplantado al ambiente chileno desde París en cuyas escuelas pictóricas adiestró su pincel. Frecuenté a Perico Vergara, escritor de figura apolínea y carácter aventurero que, después de cazar tigres en el Africa, regresaba a Santiago, escribía algunos artículos y volvía a marcharse; a Marcelle Auclair, poetisa francesa que más tarde fundó en París la revista "Marie Claire" y que nos deleitaba recitando con una voz muy cálida un poema suyo que decía: "J'aurais voulu ce soir te faire un peu souffrir..."

Cada uno de nosotros invitaba a sus propios visitantes, ajenos entre sí, y se formaban grupos heterogéneos y extravagantes a quienes sólo unía la afirmación de esa tierra imperiosa.

Todas las tardes, detrás del cerro cubierto de cipreses, el cielo se teñía de rojo. Luego sus tonos, gradualmente, empezaban a apagarse hasta morir en una alegoría pálida. Entonces el valle y los árboles se revestían de una gasa azul. Creo que entre las innumerables visiones de aquellos años en el campo, fue esa imagen de sus crepúsculos la que más fuerte quedó grabada en mis retinas.

Pasó el tiempo. Y un día se cortaron todas las amarras con esa tierra. Fue más o menos en la época en que, para venderlos, se derribaron los eucaliptus a lo largo de muchas cuadras. Lo recuerdo porque toda la atmósfera estaba saturada de aquel olor fresco y punzante. Ignoraba yo que serían aquellas mis últimas permanencias en la hacienda. Volví cada vez más a lo lejos, hasta perderme del todo.

Me fui en una tarde arrebolada, sin pesar, porque no medí la trascendencia de todo aquello. Después supe que

se puede querer a la tierra con el fervor con que se quiere a un ser humano. Se la puede querer hasta desear fundirse con ella. Yo la quise de ese modo, sin saberlo. Me creía libre y estaba atada a su entraña por raíces que nada pudo destruir. Quise su suelo fértil, sus montañosas perspectivas, sus rincones olorosos a acacios, higueras y rododendros. No lo sabía, me creía libre. Pero esa tierra me había enlazado y cuando sus raíces me soltaron, algo dejó de existir dentro de mí. Quedé huérfana de paisaje, sin apoyo, buscando inútilmente un suelo que pudiera acunarme. Y el pasado que transcurrió en la hacienda sigue viviendo en mí como un presente turbador.

Después de años de ausencia he vuelto a la vieja casona que surge convertida otra vez en la hosca morada a que llegué un día de mi infancia. Hay silencio y humedad en todas partes. Ya las ventanas no se abren sobre la cabellera de los sauces ni sobre los patios cargados de buganvillas. A lo lejos el campo duerme, enfermo de abandono. Algunos troncos yacen tendidos sobre el suelo y en el jardín las flores se inclinan endebles, como malezas de cementerio.

Mi mente se salta aquellos grandes tiempos de la hacienda y va a detenerse en fragmentos de los primeros años. Don Esmeraldo pegándose un tiro... aquel inmenso horno abandonado bajo los cipreses, sin uso ya cuando llegamos (¿qué manos lo moldearon?) alto y majestuoso, al que mi padre llamó "la tumba de Cecilia Metella". Siento la gota de agua cayendo en el patio al ventrudo barril que la clarificaba. Vivo, por fin, aquel remoto día de nuestra llegada a las casas, un poco sobrecogidos frente al agresivo recibimiento de una vieja llavera que miró de reojo a los nuevos patrones, pareciendo rezongar entre dientes: "Intrusos, a qué vienen... Esto ha estado siempre en pleito".

Yo era una niñita, entonces. Sin embargo, al evocar, permanezco un instante cogida a la estampa de buho de esa vieja llavera que partió al día siguiente de nuestra

llegada. Luego sigo. Me envuelven los recuerdos con su garra violenta. Es como un llamado que sube de los primeros años vividos en esa tierra. De pronto creo sentir que la gente de esa época se encuentra allí cerca, moviéndose. Escucho cómo alguien ríe bajo esas encinas que eran, en realidad, nuestra pieza de estar. Escucho voces arrebatándose la palabra. Pero no puede ser. Todos están ausentes, están muertos, y sólo se respira en la atmósfera un olor negativo, disolvente, que afloja los miembros y anula las fuerzas.

Cruzo el zaguán. Quedan atrás los muros agrietados. Un aguilucho atraviesa el cielo, muy alto, lanzando su grito estridente. Todo está oscuro.

No sabía yo hasta qué punto éramos vida, éramos lámparas.

La intrusa

Muy de madrugada y junto a una sirvienta de "razón", yo partía al colegio en un "carro" que tomábamos al llegar a la Plaza de Armas por la calle Monjitas. El "carro" atravesaba las cuadras de Estado y seguía su marcha hacia la Estación por la Alameda de las Delicias, dejándome frente a la puerta del colegio.

El trayecto era largo, pero desde mi asiento, yo me entretenía en mirar las vidrieras y tiendas de la calle del Estado y luego las casonas de la Alameda. Cada mañana y en el mismo sitio, mi corazón empezaba a latir: era que íbamos ya a enfrentar el "Bazar Alemán de Kraus", la más importante juguetería de Santiago, con sus vitrinas atestadas de lujosos juguetes. El "carro" pasaba siempre en el preciso instante en que el dueño de la juguetería daba vuelta al llavín en la cerradura y abría ancha la puerta. Mis ávidos ojos alcanzaban a divisar la aglomeración de maravillas guardadas adentro. Y los colores vivos de aquellos juguetes, dispuestos en hilera hasta el techo, me cegaban un momento produciéndome una especie de vértigo. Suspiraba suavemente. ¡Ah, por qué tener que ser una niña que se dirige todos los días al colegio y que sólo contempla al pasar! ¡Por qué no poder trocarme en el dueño de la juguetería, en ese hombre gordo y maduro que cada mañana abría ante mis ojos la puerta de su palacio de tesoros! Su suerte me parecía en-

vidiable. Vivir eternamente entre muñecas, casitas en miniatura, payasos y animales de madera. Ser su dueño, sacarlos de sus cajas y poderlos romper a gusto para saber lo que tienen adentro. ¿Qué había en la cabeza de esas muñecas? ¿Se animaban de vida en la noche esos juguetes, como me lo contara alguien un día? Saber, saber... No era lo mismo ser poseedora de juguetes en la casa. Allí, en la juguetería, se estaba dentro del reino mágico de esos seres misteriosos, mitad vivos, mitad muertos...

Mi meditación, mi nostálgico sueño, habría durado largo rato. Pero cada mañana, en la esquina de Alameda, subía al "carro" una niñita de mi edad, tiesa, desteñida, acompañada también de una sirvienta y que se dirigía a mi colegio, aunque a un curso más alto. Era bajita, rubia, con ojos chicos e incoloros. Yo sentía hacia ella una hostilidad sin causa, pero indomable. Sentadas al frente en el "carro", nos observábamos agresivamente, sin saludarnos, sin hablarnos, con mirada hermética y adusta. Mis bellos sueños, nacidos ante la juguetería, volaban deshechos y ya no podía cogerlos hasta el día siguiente. Toda mi atención, toda mi imaginación, estaba ahora concentrada en la figura desteñida de la niñita intrusa.

Cierta mañana resolví defenderme de su presencia y cuando llegó el tranvía a la Alameda y la vi precipitarse con su marinera azul y su bolsón de cuero, tiré de una manga a mi niñera para proponerle abandonar el "carro" y subir al que venía más atrás. "¡No sea odiosa! Para qué..." —protestó ella, rezongona—. "Porque es mejor..." —respondí yo con acento enigmático, descendiendo apresuradamente. Al día siguiente, repetí el mismo gesto, pero la cuidadora prometió acusarme cuando llegara a casa. Aquella misma tarde me interpelló mi madre. "¿Qué significaba esa manía de bajarme de un "carro" para subir a otro? Las niñas buenas se van quietecitas

hasta el sitio de llegada... Ya era un peligro andar en "carro" y mucho mayor estas inútiles subidas y bajadas, exponiéndome a resbalar sobre las pisaderas. Nada de repetir la travesura..."

Yo recibí el sermón dócilmente. Y repliqué con suavidad: "No es por travesura. Es que, a veces, sube una niña mala y me quita una cosa..." —¿Qué cosa? La pregunta me desconcertó. Pensé largamente y no supe, no pude contestar. Entretanto, la niñera reía. "Nadie le quita ná, señora. Es por travesear, no más..."

Mi madre guardó silencio, pensando quizás que por primera vez yo decía una mentira. Me miró a los ojos con asombro y yo sentí que una neblina de lágrimas empezaba a empañar mis pupilas. Pero no habría podido explicarle —ni a ella ni a nadie— qué clase de cosa era la que, cada mañana, me arrebatava sin querer la rubia niña de mirada incolora.

Escenario de ventanas

Durante el verano, antes de comprar la hacienda, vivíamos en una quinta llena de almendros y castaños, de rincones perfumados a violetas, de piedras cuya superficie lisa podía reflejar imágenes al igual de un espejo. Cada niño tenía su propia piedra y nos esmerábamos en pulir y lavar su fachada como si se tratara de piedras preciosas. Hasta les pusimos extraños nombres y, con el tiempo, llegaron a adquirir personalidad de seres vivos.

Allí, a esa quinta, llegó un día el cablegrama de París trayendo la noticia de la muerte de uno de los hermanos de mi madre que era secretario de la Legación en Francia. Y de allí partimos en coche cierta tarde hacia Santiago porque regresaba de Europa la viuda y los hijos de ese tío fallecido más allá de los mares. Dentro del coche íbamos todos apretujados y cariacontecidos. Yo llevaba entre mis brazos una jaula dorada con mi canario favorito. "Niños que han vivido en Europa..." me decía una y otra vez, pensando en esos primos venidos de tan lejos. Y esa frase tenía a mis ojos el embrujo de un cuento; y esa frase vestía a los viajeros de un prestigio insensato.

Pero la noche del arribo, cuando los grandes partieron a recibir a los ausentes, los niños no sentimos deseos de llorar. Como una visión movediza aparecía y desaparecía ante los ojos el rostro jovial y ya un poco empañado de

aquel tío lejano que no volveríamos a ver. Nos aferrábamos con nostalgia a su estampa descolorida y, una a una, íbamos recobrando actitudes y escenas de su permanencia a nuestro lado, antes del viaje. Pero las palabras "dolor", "muerte", carecían para nosotros de sentido. "Sin embargo, debemos estar tristes, nos decíamos. La familia llega, él ha muerto allá lejos..." Entonces alguien, uno de los niños mayores, tuvo una ocurrencia peregrina: "Busquemos algo que nos produzca pena. Ya sé... Leeré fuerte un capítulo de "La Cabaña del Tío Tom..."

Me parece escuchar, a través de los años, la grave voz adolescente dirigiéndose a su infantil y atónito auditorio: "Cuando Jorge penetró a la choza miserable, sintió que su corazón desfallecía..." Y luego la descripción de la escena patética y las frases finales que nuestro primo leía con voz conmovida: "¡No mueras, Tom! Se me destroza el alma al ver cuánto has sufrido! Pero el pobre hombre martirizado ya no pudo responderle..."

La lectura cesó. Sentimos el detenerse del carruaje ante la puerta de calle y cuando entraron las figuras enlutadas que seguía una numerosa caravana de amigos, no pudimos contener el llanto. Mi tía nos abrazó con ternura, envolviéndonos en el largo crespón de su toca de viuda. Tras ella vimos aparecer a varios niños, entre ellos un adolescente de trece años, de facciones anchas y grandes ojos soñadores, todo vestido de negro. "¿Por qué se viste así?", preguntó una de las voces infantiles. "¡Chut!" murmuró mi madre, severa. "No hagan preguntas tontas. Ha perdido a su padre..." Esta vez no fue necesaria una ayuda para abrir la esclusa de las lágrimas. Con aterrante intensidad, medimos el significado de esa frase: "Ha perdido a su padre..."

El niño vestido de negro pasó a ser para todos una especie de dios. Había vivido en Europa y no tenía padre. Lo rodeábamos sin cesar para hacerle preguntas. Y cuando se nos dijo: "No traten de deslumbrarlo mostrándole juguetes", aumentó entre nosotros su prestigio. ¿Qué

importa carecer de juguetes cuando se poseen las más bellas postales del mundo? Y él las extendía a nuestra vista explicando con su cálida voz persuasiva: "¿Ven? Así es París... Y éste es un puente de oro... Y aquí hay unas águilas enormes, también de oro..." Luego venían las narraciones de la vida dentro del barco que navegaba noche y día, bajo la luna y bajo la niebla. Y nos imaginábamos la majestuosa embarcación, toda de oro como el puente y las águilas, atravesando mares tempestuosos y escoltada por un ejército de peces.

Durante mucho tiempo, no hubo mejor fiesta que la de oír contar historias al niño vestido de negro. Un día recibí de él una carta. Mi primera carta. La abrí con manos trémulas y leí, escrito con los gruesos caracteres de su letra adolescente: "Hoy me puse pantalón largo por primera vez. Te iré a ver para que me des tu opinión". Nada más. Guardé la carta en un minúsculo cofre de madera de sándalo, entre pequeños recuerdos venerados: piedrecillas de formas raras, cogidas aquí y allá; chiches bautismales, ollitas de las monjas, olorosas a benjuí, un collar de coral, la mano rota de mi muñeca preferida...

Así, hasta que murió a los dieciséis años, siguió siendo nuestro ídolo aquel niño que llegara una noche de países remotos. Presentíamos su visita. Ibamos a asomarnos hasta el zaguán de entrada y, a través del vidrio empavonado de la mampara, veíamos transparentarse la mancha clara de su camisa abierta y de su rostro. Entonces la vida tomaba un colorido más intenso y más rico.

A veces, durante las noches de estío, mi madre nos llevaba a pasear en victoria abierto y atravesábamos la ciudad al trote corto de un caballo de arriendo. Otras veces, el paseo se efectuaba en la "imperial" de un carricoche de dos pisos, recién traído de Europa, que, en algunas ocasiones, prestaba a mi padre un amigo extravagante y millonario.

El singular carruaje se ponía en marcha con su racimo vivo de niños. Una brisa tibia nos envolvía. Estábamos

cercanos al cielo y, desde nuestra cumbre, veíamos desfilar los edificios con su enjambre de ventanas que nos miraban como grandes ojos amarillos y negros, celestes y grises. Era una sensación intensa la de observar, desde fuera, aquel escenario de ventanas. El vehículo llegaba hasta el Parque Cousiño, daba vueltas y vueltas por los anchos senderos umbrosos y nos depositaba un instante frente a la laguna verde con su pequeña isla en la que se erguía el quiosco de madera a cuyo alrededor jugaban dos venados diminutos cuyos finos cuellos y cuyos cuerpos bajo la luz nocturna, parecían salir de uno de esos sueños en que los perfiles y las formas aparecen bajo un velo inquietante.

Para regresar, el carruaje cruzaba por barrios apartados de la ciudad, casi desierta a esa hora. Como un film mudo, la hilera de viviendas, recortadas contra el cielo, iban pasando ante nuestros ojos. Había ventanas humildes y soberbias, claras y oscuras. ¿Qué ocurría tras sus postigos cerrados o sus vidrios luminosos? De pronto, una cabellera joven asomándose. Más allá, una vieja cabeza, un rostro bigotudo. Sombras ocultas que se movían en ademanes incomprensibles, durante un instante.

Yo tocaba con el codo el brazo del niño sentado a mi lado. —“Fíjate . . . las ventanas. —Sí, parecen hoyos. —No, tonto, son como teatros. Son . . .”

No sabía expresarme. Pero sentía que la visión de esas ventanas me ponía en contacto directo e inmediato con la vida. Los otros niños, en la imperial del carricoche, ¿sentían la curiosidad aguda, casi angustiada, que me embargaba? No sé. Mi mente estaba demasiado absorta para preguntarlo. Sólo recuerdo que en mí iba despertando la oscura conciencia de un inmenso mundo escondido, misterioso, en que seres como yo movíanse con sus pasiones, sus gestos, sus infortunios y sus dichas, y se mostraban un momento a mis ojos al paso del carruaje.

¡Todo eso está tan lejos! Junto con la imaginación sigue rodando la vida, sigue rodando el carruaje. Las visiones, las sensaciones se confunden y se borran. Quisiera cogerlas enteras. Espejismo de luces, marea de recuerdos.

El niño vestido de negro —adolescente ya— murió en un otoño cercano, cuando las hojas empezaban a ponerse rojizas, antes de que él y yo hubiéramos tenido tiempo de tratar a fondo aquel tema de las ventanas que quedó para siempre en suspenso. ¿Quién iba a pensar que se iría tan pronto, apenas unos años después de llegar con los ojos llenos de curiosidad y dorada la frente por los resplandores de soles lejanos?

Quisiera coger, también, aquel gran episodio de su muerte. Pero no puedo. Se me escapa, no sé cómo, por un camino caprichoso en el que voy encontrando conchitas de mar, moluscos y caracoles.

La casona

Noche a noche se recibía en nuestra casa, esa ancha casa que perteneció en otro tiempo a uno de los ilustres hermanos Gallo.

Los salones abrían a un patio pompeyano, con frescos y relieves azules en las paredes, un surtidor al centro y, en cada esquina, cuatro frondosas matas de camelias. Frente a la puerta de la antesala, un primoroso jazmín del cabo abrazaba la pieza con su aroma. Recuerdo aquella etapa y la veo como maravillosa tapicería destacada sobre un fondo de música: Duncker, mi profesor de piano; las sonatas de Beethoven que él tocaba y que empezaba a enseñarme; los acordes de la Patética y la Appassionata envolviendo la casa, saturando el ambiente de sonoridades que se fundían en el aire con la arrobadora fragancia del jazmín.

Ahora mismo, al evocar aquella época de mi hogar siento la fragancia que llegaba por ráfagas en matices cambiantes e infinitos hasta entremezclarse al color gris de la sala poblada de fantasmas. Porque ¿qué otra cosa que fantasmas son ya esos seres perdidos para siempre y que noche a noche actuaron en el luminoso universo de mi infancia? Creía yo, en aquel grave despertar de la primera adolescencia, que las relaciones humanas eran eso: plática de comensales sobre un fondo de música, envuelta en perfume de jazmín. Todo cambió. Y hoy, en el angustioso y acelerado ritmo de un mundo inestable, ya nadie sabe crear esas atmósferas sugerentes y un poco in-

móviles que parecían sujetar la marcha del tiempo para que los seres pudieran adentrarse más profundamente en el embrujo de la conversación y de la música.

Aquellas reuniones nocturnas eran el corolario de mis días bulliciosos, en la magnífica y salvaje libertad de los juegos sin fin, con las compañeras de colegio, con los niños de las casas vecinas, dentro de los patios y jardines perfumados a naranjos en flor que nos parecían demasiado pequeños para cobijar nuestra exuberancia. Al caer las primeras sombras del crepúsculo, la comparsa de niños se recogía. Una hora para hacer las tareas, otra para comer y después, seria, posesionada de mi papel, yo penetraba a la recepción cotidiana de mis padres como a un templo.

— Mi padre era para nosotros una divinidad algo lejana. Lo sentíamos distante y temible. Ese temor duró en mí más allá de la adolescencia y creo que en mis hermanas no se extinguió jamás.

— Mi madre, con su sola presencia, creaba un ambiente cálido y acogedor. Presidía con extraordinaria sencillez, sin abandonar el bastidor de malla o los palillos de tejer, vestida siempre de oscuro y, sobre los hombros, un chal ligero o una clara echarpe. A las once de la noche servía ella misma el té tradicional, moviendo entre las teteras sus manos asombrosamente finas. Mi padre se apartaba a menudo del bullicio de la charla y tomando un libro, sin miramientos hacia los asistentes, iba a aislarse en un rincón bajo la lámpara con pantalla.

— Era innato en mi madre el gusto por la conversación. Lo había heredado quizás de mi abuela, escritora de talento; o de mi bisabuela, que mantuvo uno de los salones más brillantes de mediados del siglo XIX. Dentro de su modestia, más que hablar, mi madre prefería escuchar. Y su silencio, sus ojos meditabundos, estaban preñados de tal poder de irradiación que el comensal, desde que llegaba, se sentía contento. Y volvía siempre. A menudo, la charla se entreveraba con música. Ella tocaba la Rapsodia Húngara Nº 2 de Liszt, que era su fuerte,

y tía Laura Huneeus, virtuosa del piano, hacía oír a sus clásicos preferidos.

En ese marco que ahora se destaca casi irreal y que aparece en mis recuerdos desde el borroso declive de la niñez, surgen, como sombras, unos extraños tíos, hermanos de mi padre y de mi madre, que llegaban a nuestro hogar a toda hora. Sentado en su rincón veo a uno de ellos —tío Manuel— solitario, hierático, como si dialogara indefinidamente con la Eternidad. Tenía un rostro de medalla antigua, estragado y cetrino, con la piel muy estirada sobre los huesos, como los ascetas, y en el que brillaban las ascuas encendidas de los ojos. Había estado loco durante años y de su locura —antes furiosa, entonces callada, pero incurable— nos contaban las viejas “mamitas”, al calor de la lumbre, escenas que semejaban pesadillas. Los niños, sin embargo, no sentíamos ni asomos de miedo hacia él. Al contrario. Nos acercábamos con júbilo a su áurea misteriosa, arrancándolo de ella para incorporarlo al mágico mundo de nuestros juegos. Y él, arisco, hurraño con los grandes, se volvía junto a nosotros, claro y generoso como un niño.

Mucho antes, en el borde de la primera conciencia, aparece otro de ellos —tío Alvaro— el más querido de todos. Dentro de su tipo nórdico, era uno de los hombres más hermosos que he visto, con su elevada y airosa talla, su barba rubia y su amplia frente de pensador y de artista. En la adolescencia había sido marino, luego ingeniero y por fin diplomático, llegando al puesto de Ministro de Chile en el Brasil apenas cumplidos los treinta años. Pronto abandonó la carrera esplendorosa para seguir su vocación de escultor. Vivía la mayor parte del tiempo en París, mezclado a los centros artísticos más avanzados y sus obras empezaban a imponerse cuando llegó la muerte. Ahora, evocando su personalidad, me lo imagino como uno de esos hombres de talento universal que nacieron del Renacimiento.

Año por medio venía a Chile. No tenía hijos y nos adoraba como a tales. Recuerdo el acontecimiento que sig-

nificaban en nuestras vidas aquellas llegadas de Europa del tío predilecto, henchidas las manos de regalos, acariciando nuestras endebles figuras con su mirada azul. Y luego el embrujo de su palabra al narrarnos la belleza de mundos que creíamos inaccesibles. Y la agilidad de sus dedos de artista para vestir de feéricos dibujos nuestros cuadernos.

Cuando se decía de él: "tiene talento", mi madre corregía. "¿Talento? ¡Es un genio! Pero su neurastenia le impedirá surgir. . ." Era, en verdad, un atormentado, un impaciente, y se le sentía en el frío y la soledad de las cimas. Desde aquella soledad bajaba hasta nuestras mentes infantiles para poblarlas de ensueños y visiones. En su autoridad, en su nobleza, nos sumergíamos como en un remanso. Así como tío Manuel era penumbra, él era luz. Y su presencia evocaba siempre mares lejanos, vuelos de gaviotas, nubes y barcos que parten hacia países encantados y remotos. Hasta en sus pupilas azules había algo del mar. Fue en esa época cuando cobramos afición a los mapas.

Se marchaba, de pronto, y durante muchas noches vertíamos lágrimas sobre la almohada. Y durante muchos meses marcábamos con un lápiz rojo sobre el globo terráqueo la huella de sus pasos, mientras el vértigo y la nostalgia de ese gran camino desconocido llenaba nuestros corazones de niños.

El tercero de los tíos —Rafael— mayor que los otros porque era a la vez tío de mi padre, encarnaba al hijo de la tierra, profundamente telúrico, con una ruda belleza criolla en su frondosa cabellera negra, en su piel tostada y sus ojos pardos. Era el compañero de paseos. Nos conducía a través de los campos en interminables excursiones y nos iba enseñando los nombres de las plantas, las flores y los insectos que aparecían a nuestro paso. Sabía contar extrañas historias de pájaros que volaban más allá de las crestas nevadas, encontrando países de colores fulgurantes y seres de formas grotescas. Le hacíamos

todo género de preguntas y nos daba respuestas sorprendentes.

Un día interrogué: —“¿Por qué tía Fidelia es tan linda”? “En verdad, aquella hermana de mi padre poseía las facciones y la expresión de la Virgen que estaba sobre mi lecho en un inmenso grabado oro y azul. —“¿Por qué tía Fidelia es tan linda, dí, Rafael”? “Lo trabábamos como amigo y habíamos suprimido el apodo de tío. —“Porque ha sufrido mucho”, contestó él, severo.

De vuelta a casa me detuve pensativa frente al espejo durante largo rato. ¡Dios mío! ¿Era necesario sufrir para ser bella?

Si venía del campo —era campesino hasta el fondo del alma— se alojaba en casa de mi padre y para los niños constituía un recreo tenerlo cerca. Sólo había un momento en que no se le podía perturbar: cuando leía a Maupassant. Cosa curiosa en aquel espíritu sencillo y de aficiones rústicas, su fervor por Maupassant. El cuento preferido —La Muerta— despertaba en él una especie de delirio admirativo y lo leía y releía hasta saberse de memoria cada frase. Arreglaba el argumento para nuestras mentes infantiles. Oíamos atónitos el relato de la nocturna visita al cementerio, de los muertos saliendo de sus tumbas, del hombre agazapado entre las sombras... Se interrumpía siempre en la parte más sugerente, dejando nuestra curiosidad en suspenso. Ante nuestras protestas, decía con una especie de fatalismo: “Yo no sé contar. Léanlo, mejor, cuando estén grandes. Porque, les advierto, esta obrita maestra no es para niños. . .”

Si algún amigo de la casa llegaba deprimido o enfermo, él le susurraba al oído: “Lea “La Muerta”, hombre, de Maupassant. No hay mejor remedio para levantar el ánimo. . .”

Por cierto que, antes de cumplir diecisiete años, yo trepé a escondidas por la escalerilla portátil de la biblioteca de mi padre y me sumergí, como en un océano sin fondo, en el mundo que creó la genial pluma de Maupassant, en aquella Francia seductora de fines del siglo XIX,

con sus pasiones, sus dramas, su vieja alegría. No entendí ni me interesó el París galante que narra Maupassant; desdeñé sus adulterios, su escepticismo, su ironía. Pero el artista trágico hincó para siempre su agujijón en mi sensibilidad adolescente. El contenido emocional y humano de algunos cuentos —que eran para mí elegías— corría por mis venas como un escalofrío y quedaba enclavado en mi mente que se poblaba de imágenes.

Magnífico puente fue aquel tío Rafael, espíritu simple y rústico, que me condujo, sin saberlo, a peregrinaciones de asombro, desconocidas hasta entonces.

Otros tíos había, muchos otros, pero esos tres fueron los más cercanos a los niños. Nos pertenecieron, en cierto sentido. Y nos llamaba la atención que conviviendo en nuestra casa tantas horas, se ignorasen entre ellos, confinado cada cual en su propio universo, sin tener nada que decirse porque venían de planos distintos e iban hacia distintas metas. Tampoco hablaban mucho con mi padre y sólo frente a mi madre encontraban los tres su sonrisa de niño. Por fin, uno a uno se fueron, obscuramente, sin haber llegado a convertir en obra tangible la esencia de su alma.

Carolina

Carolina, fuiste mi mejor amiga, la de esos años llenos de asombro en que, minuto a minuto, se descubre el mundo. Durante la prolongada y demasiado breve etapa del colegio, nunca desfalleció el fervoroso afecto que me tenías. Eras tranquila y fuerte. Tu aire seguro, tu voz un poco gruesa y esa claridad con que explicabas y entendías los temas más difíciles, impuso siempre respeto a las compañeras de clase. Todas querían conquistar tu amistad, arrimarse a tu porte sereno, pero, tú te guardabas celosamente para mí sola. Enlazadas paseábamos por los grandes patios del colegio o por los senderos caprichosos de aquel jardín encantado que servía de telón de fondo al edificio y al cual cada curso tenía derecho una vez por semana. Parece que la plática fluía mejor en ese marco del jardín, entre los rumores de sus hojas y las múltiples esencias de sus flores.

Durante la clase, deslizándolas de mano a mano, a hurtadillas de la profesora, me enviabas esquelas escritas con tu letra firme y elegante. Esquelas que señalaban un detalle cualquiera, captado al vuelo por ese diablillo crítico e irónico que se escondía bajo tu compostura. Y cuando alguna de las dos, por estar enferma, no asistía al colegio, me prodigabas largas y pintorescas misivas, pueriles en su frescura de adolescentes para quienes la vida, hasta en sus más insignificantes aleteos, es un mi-

lagro permanente. "Anteayer recibí tu cartita e iba leyéndola por la calle, de vuelta del colegio, cuando me sentí como ciega por algo deslumbrador que avanzaba hacia mí. Miré y ¿qué crees que era? El hermano de Ester, en persona, el Conde de Nevers como tan bien lo llamas tú. Iba a caballo, por la Alameda, muy buenmozo, y por primera vez con botas. Al verme se sacó el sombrero en un gran saludo, pero yo no sabía si contestarle o no; me decía: "una muchacha bien educada ¿debe responder a un joven que la saluda en la calle"? Esta vacilación duró un segundo y por fin me decidí a hacer una pequeña reverencia con la cabeza, muy seria". Y en otra carta: "Lavinia va a traer mañana el retrato de uno de sus primos y te lo van a poner dentro de un libro que tú tengas que abrir durante la clase, para comentar tu expresión cuando lo veas. Me hicieron jurar que no te contaría, pero yo no guardo secretos para tí. Les dije que si pensaban reírse de tu sorpresa frente al retrato, no sólo te ofendían a tí, sino a mí también. Ester no vino hoy, pero escribió a Lavinia una carta lacrada, al parecer muy importante. Acaban de dar los certificados; me saqué un tres en conducta por llevarme escribiendo cartas en la clase, escondida detrás de la espalda de Laura, la que no sabe que me sirve de biombo. ¿Quién se lo va a contar? Nadie le habla, la encuentran tonta. Hoy, en el recreo largo, formamos una rueda alrededor de ella, dejándola aislada ¿qué te parece"?

¡Ah, esas cartas pueriles, pero que guardan la esencia de aquella época y que contienen entre sus páginas algo del despertar de nuestras almas adolescentes, de ese despertar hecho de curiosidad, de asombro ante el misterio de las cosas, de inconsciente crueldad, como si fuéramos pequeños gatos enamorados de sus uñas, y también de miedo a la vida, de tentación, de vértigo!

No eras hermosa, Carolina. Pero tu esbelta silueta, tus ojos tirantes y un poco asiáticos, tu lisa cabellera bronceada que atabas en anchas crenchas sobre la frente, daban prestancia y dignidad a tu figura. Tenías siempre

razón en tu prudencia sin arranques. Cuando, amontonadas las colegiales en bullicioso grupo durante los recreos, hacíamos proyectos para el futuro y tejíamos quimeras, tú dabas una opinión sin urgencia, segura del mañana, como si estuviera en tus manos el don de modelar los destinos. Encontrabas muy interesante llegar un día a ser viuda. ¿Recuerdas tus palabras, Carolina? "Casarse no es un acontecimiento, decías. Lo importante es quedar viuda. Conocer una felicidad loca y perderla antes de que decaiga. E ir eternamente vestida de luto. Llevar velos largos que caigan desde la cabeza hasta los hombros, como alas negras, y caminar sin preocuparse del mundo, absorbida por un recuerdo. Porque lo importante es no olvidar ni casarse de nuevo".

Habías nacido para una existencia de exaltación romántica. Pero la suerte, ese hado misterioso que guía los pasos de las creaturas humanas, estropeó tus sueños más hermosos. La niña se transformó en mujer. Y continuaste mirando la vida como una mariposa ebria de sol. Mas, a poco te cogió la miseria junto a un marido mediocre, junto a un enjambre de niños. Y pasaste los años revolviendo cacerolas y zurciendo hasta el infinito trapos viejos. En vez de velos, que anhelaste livianos y transparentes como alas, pesaron sobre tus hombros problemas sin solución, de esos que hacen abominable la vida.

No conseguiste evadirte de la realidad, como deseabas, ni fijar los ojos en la enorme quimera porque tus días, hora tras hora, se amasaron con cansancios de jornada dura. Sin que yo imaginara la causa, desapareciste de mi camino, dejaste súbitamente de frecuentarme.

Una tarde te divisé en la calle. Llevabas, a dos manos, un gran bolsón de papel por cuya boca asomaban repollos y cebollas. Ibas, como siempre, rígida y esbelta, con tus pequeños ojos asiáticos clavados adelante. Fingiste no verme. Y cuando crucé la acera para acercarme a ti, apresuraste el paso, perdiéndote en una esquina. Quedé triste durante todo el día. Demoré meses en averiguar tu dirección y, por fin, una tarde llegué hasta tu pobre casa de

barrio sórdido. Te veo aún, en cuclillas ante un brasero, revolviendo sin cesar, como si en ello te fuera la vida, una gran olla humeante mientras las brasas ponían reflejos rojizos en tu rostro sin color. Apenas me miraste. Por la puerta que abría a un patiezuelo, asomaron las caras sucias de tres niños.

—“Porotos, nada más que porotos; con repollo, a veces...”, dijiste de pronto. “Para el almuerzo, para la comida... Los guiso una vez al día y los recaliento en la noche. Es más fácil”.

—¿Cuántos hijos tienes?, pregunté.

—Dos en la escuela pública y esos tres que asomaron por la puerta.

—¿Por qué no nos vemos como antes, Carolina?, murmuré posando una mano en tu hombro.

—Ya ves, no es posible, respondiste señalando el pobre marco con una sonrisa sin amargura. Hace tiempo que no pertenezco a tu medio y seguiré bajando, bajando, sabe Dios hasta dónde.

—No digas eso, Carolina. Acuérdate de todo lo que nos unió antes.

—Nada nos une ahora, repetiste.

Sin embargo, desde ese día, nos visitamos a menudo. De vez en cuando llegaba yo a tu hogar, o tú al mío. Y solías obsequiarme un ramito de albahacas, crecidas no sé cómo, en un macetero de tu patiezuelo sin sol.

Pasó el tiempo y una tarde supe que acababas de morir, tras un ataque de locura. Corrí a tu casa, a tu pobre casa de barrio sórdido. Dentro del ataúd, parecías una muñeca vieja, de esas que los niños han ido poco a poco estropeando hasta convertir en guiñapo miserable. La locura había puesto en tus labios una terrible mueca. ¡Y qué cansancio, aún después de muerta, flotaba en las mejillas descarnadas y en los flácidos párpados! Yo no conocía a esa criatura de cera con rostro de muñeca vieja. Pero pegada a ella, aparecía la otra, la verdadera Carolina de antaño, la de las trenzas bronceadas, que bebía la vida como si fuera un néctar y que, haciéndome guiños

con sus ojillos penetrantes, me hablaba con su tranquila voz, segura del porvenir: "Lo importante es conocer una felicidad perfecta, aunque sea muy corta, y vivir después con la vista fija en algo maravilloso, en un recuerdo..."

Junto a tu ataúd, sentí derrumbarse sobre mí los muros de la casa que te cobijaba con su horrible desnudez material y con su desamparo doloroso. Y de pronto entró de afuera, del patiezuelo sin luz, una racha de viento helado, una malsana racha de nostalgia que me caló hasta los huesos. No pude más. Abandoné la pieza, abandoné la casa y huí por la calle que se extendía silenciosa, bajo una noche sin estrellas.

El hermano

En medio de mis juegos surgía, como una sombra, la nostalgia del hermano que, en realidad, nunca tuve. Porque ese hermano mío, ensimismado y distante, poco dispuesto a la indulgencia y que sabía conducir con pasión y autoridad los debates intelectuales, estaba lejos de encarnar el concepto fraternal que yo tenía. Ahora, mirando aquella época con la perspectiva del tiempo, lo veo tal vez como era en su verdad. Pero entonces, se me aparecía provisto de características que yo juzgaba rusas. ¿Por qué? Sin otra causa que una idea, errónea seguramente, que mi fantasía formara de esa raza a través de los relatos vividos que uno de nuestros tíos nos hiciera de su breve pasaje por Rusia. Y más tarde, leyendo a sus novelistas.

Mi hermano tenía reacciones curiosas ante los acontecimientos más banales y se sentía en él una tremenda soledad que ninguna presencia podía romper. Su rostro, desde que aparecía frente a la familia, presagiaba el clima que de inmediato se iba a crear, sumiéndonos fatalmente dentro de él. Clima que nacía de su estado de ánimo y que era el reflejo de una negra apatía o de una exaltación comunicativa. Alto y flaco, con un rostro color cetrino, de frente desmesurada y oscuros ojos, semejava un extraño en casi todos los sitios y parecía vengarse de tal inadaptación mostrándose taciturno o agresivo. Pa-

saba semanas enteras sin hablar, alimentándose de almendras y nueces. Otras, era animador de temas, de inacabables pláticas en que nos turbaba con teorías que eran la negación de todas nuestras creencias. Ingenuos o culpables nos sentíamos bajo su destrucción inquietante.

—No le crean, afirmé muchas veces ante el grupo de adolescentes que después de esas charlas permanecían con las alas caídas. No le crean. Las cosas son de otro modo . . .

Pero yo misma quedaba como rota por dentro, sin calor en el alma, frente a caminos desiertos.

Por fin, había veces en que este hermano estepario se encerraba en su cuarto, sin salir de él durante dos días, no permitiendo siquiera que le llevaran comida. Mi madre, presa de inquietud y golpeando a repetidos intervalos la puerta, vertía súplicas: "¡Abre! ¡Contesta!" Pero en vano. Nosotros mirábamos por el ojo de la cerradura y lo veíamos tendido en la cama, inmóvil, oscuro, como un largo animal muerto.

Tenía numerosos cuadernos y libretas en los que iba anotando sus pensamientos e impresiones. Diarios de su sentir cotidiano que despertaban nuestra codicia. Por ellos sabríamos al fin qué cosas pasaban en su hermético cerebro. Pero los escondía celosamente dentro de un mueble coreano que había obtenido en una casa de remates y que era una preciosidad con sus múltiples cajoncillos de nácar y de maderas doradas. Un día logré robar uno de aquellos inalcanzables cuadernos y me eché sobre él como perdiguero, quedando pensativa ante la fría fuerza que bullía en sus páginas. Cuando cerré el cuaderno, tuve la sensación de haber estado aspirando un frasco de éter.

Bien hermano mío por la inquietud, estaba lejos ¡ay! de encarnar la idea que yo tenía de ese parentesco en el que puede uno sumirse sin miedo, como en un remanso claro. Su actitud cáustica me parecía en ciertas ocasiones un desafío a mi sueño fraterno y me llenaba de ira. Aunque, tal vez, la culpa de tal decepción estaba también un poco en mi persona: ya entonces como ahora, yo no ad-

mitía concesiones frente al ideal afectivo que me había forjado.

Un día, en una pasaporte de viaje, en vez de ponerle "tinte moreno" se saltaron una letra y pusieron "tinte morne". Era la época en que yo recién aprendía francés. Mi madre, al revisar el pasaporte, preguntó: "¿Cómo describen su tinte? No entiendo..." Yo hojeé a mi vez el documento y exclamé triunfante: "¡Lo han puesto en francés! ¿Vé, mamá? *Morne* quiere decir tétrico..." Mi madre reflexionó unos instantes y luego dijo: "¡Eso es! Han descrito perfectamente su aspecto: tétrico".

Sensaciones

Esas angustias de la infancia, esas angustias que nacen al sonido de una música lejana, en la noche. Llegan los acordes imprecisos de un piano, tocado quién sabe donde, por dedos invisibles. Y no podemos conciliar el sueño porque todo el cuarto se impregna de nostalgia. Nostalgia febril de zonas inexploradas y extrañas regiones, de afectos que se deshicieron al rozarnos, de ambientes presentidos e intocables. Desde afuera acuden en tropel sensaciones desconocidas y se instalan en la oscuridad. Entran al cuarto árboles y lámparas, rostros solitarios y estrellas. Los muebles toman un aire de ensueño, animados por mano sonámbula. Se sienten chasquidos de alas en los rincones y al final es una inmensa algarbía melancólica alrededor de la cama. Queremos gritar, pedir auxilio, pero el grito se extingue en la garganta y solo conseguimos suspirar muy quedo. Hundimos la cabeza en la almohada. El piano canta siempre, animado por dedos invisibles que no parecen ya tocar las teclas sino nuestras sienas y nuestros nervios desnudos.

Cesa la música y, bruscamente, todo se aquieta. Uno a uno abandonan el cuarto los árboles que vinieron de afuera, las estrellas y los rostros solitarios. Paredes y muebles retornan a su ceguera extática.

No hay más lámpara que la que nos vela, protectora, colgada al centro de la pieza.

Y esa otra sensación, también enorme, de los amaneceres en que llueve. Abrimos un instante los ojos, arrancados del sueño por una especie de adivinación que nos produce regocijo. Escuchamos, afuera, el ruido armónico y monótono del agua que cae y, extasiados de bienestar, volvemos a hundirnos en un sueño lleno de imágenes.

Alguien entra a la pieza en puntillas para abrir los postigos. Entonces aparecen los cristales humedecidos de la ventana y, afuera, ese gran velo gris que raya las paredes y envuelve el paisaje. Es como un inmenso espejo que refleja visiones hermosas. Con los pies desnudos corremos a asomarnos a la ventana. Los ojos quedan absortos ante las oscuras tonalidades de los objetos. Las casas del frente aparecen distantes, separadas por el velo gris, rayado de gris. La lluvia, rítmicamente, golpea los techos y hace gorgoritos en el asfalto brillante de la calle. A nuestras espaldas, en la semi-claridad del cuarto, una voz conocida murmura: "Hoy no irán al colegio..." ¡Todo un día de lluvia, jugando en la casa! ¡Toda una cadena de horas sumergidas en esa bienhechora sensación de isla anegada! Volvemos a las sábanas calientes con el pecho henchido de infinito reposo.

Los pensamientos revolotean con una cadencia igual a la del agua que cae.

Y nuestros sentidos penetran a un mundo pesado de sonoridad que, sin saber la causa, nos trae al alma un ritmo nuevo, una vida nueva.

La parentela

Cierto día, mi padre obsequió para su cumpleaños a mi madre un flamante coupé con dos nerviosos caballos de azabache. El cochero —Santos— que permaneció en nuestra casa hasta que llegó el reinado del automóvil, era un hombrecillo diminuto y oscuro de piel, que semejaba un mono y que estaba poseído de curiosas manías como, por ejemplo, la de negarse a pasar con el carruaje por la Plaza de Armas. Mi madre que, con su suavidad de carácter, nunca logró dominar a la servidumbre, daba al cochero órdenes que parecían súplicas: “Santos, ¿podría llevarnos hoy por la Plaza de Armas? Para ir a la calle Catedral es el camino más corto. . .” “Procuraré hacerlo, señora”, contestaba él con acento enigmático. Pero luego advertíamos que, en vez de doblar por Monjitas, el coche continuaba hasta la calle Huérfanos, “Otra vez ha desobedecido mis órdenes, Santos”, amonestaba ella con tristeza. El cochero guardaba un silencio preñado de misterios y de mudos alegatos. Un día avisó que se retiraría del servicio si no se le dejaba libertad de elegir el camino por donde debía conducirnos. Y era tan leal, tan bondadoso, que mis padres se resignaron a soportar aquella manía incomprensible.

Una vez al mes, mi madre salía en el carruaje a hacer su habitual gira de visitas a la rancia parentela. Conociendo mi carácter inquieto e impulsivo que en su au-

sencia me arrastraba a realizar las más inesperadas travesuras, decidió desde temprana edad llevarme consigo.

Para aquella ritual circunstancia, ella tenía un traje sui-géneris, de moaré violeta oscuro con un cuellito claro en "macramé". El sombrero, también violeta oscuro, le ocultaba el cabello y la frente, echándole cien años encima. Cuando el sombrero envejecía, se copiaba en distinto color la misma hechura y así año tras año. "¿Por qué no cambias de sombrero? ¿por qué repites esta forma ya anticuada?" objetaban las amigas. "Ya salí de eso que tanto tiempo quita a las mujeres, respondía ella. Adopté esta hechura y la copiaré hasta la hora de mi muerte".

La gira comenzaba y concluía en las innumerables residencias de los tíos de mi madre que eran personajes singulares. De ascendencia flamenca y sajona —Zegers, Tupper y Huneeus— estaban dotados de soberbia apostura, ojos celestes y elevada talla. Los Huneeus tenían mucho de artista. Los Tupper, aparte de un orgullo desmesurado, algo de heroico e intrépido en el carácter, heredado del abuelo. Tanto los unos como los otros, poseían fortunas enormes y habitaban en palacios con columnas y patios de mármol, que en mí despertaban una impresión de malestar y a veces de temor. La primera visita era siempre para la viuda del tío más querido de mi madre, quién fuera en sus tiempos notable jurisconsulto, Rector de la Universidad de Chile y gran político, además de arrogante figura física, según todos decían y según lo atestiguaba su retrato al óleo colocado en el salón de la familia. "Pasarán los años y nunca podré olvidar al tío Jorge, me confiaba mi madre. Era un hombre extraordinario, en todo sentido. Un espíritu liberal, abierto a todo lo que fuera progreso. Contribuyó mucho a mi matrimonio, porque él, antes que nadie, adivinó el talento de su papá cuando era sólo un estudiante desconocido...".

De allí pasábamos al solar de un extraño señor que nos recibía en su escritorio, envuelto en amplia capa es-

pañola y de pie sobre una especie de salamandra bronceada —por lo menos, así la vieron mis ojos de niño— lo que obligaba a mi madre a levantar muy alto la cabeza para poder mirarlo. “¿Estará o no encendida la salamandra? —me preguntaba yo mientras transcurría la visita. Y si lo está ¿cómo consigue no quemarse los pies? “Hierático sobre su altar de bronce, alto, garboso, con una hermosa cabellera blanca despeinada, este señor de otra época parecía un personaje de novela. Siempre decía cosas originales y antes de que dejáramos la pieza, nos obsequiaba bombones guardados en una gran caja de cigarros habanos. “Es el tío Isidoro...” —pronunciaba mi madre con respeto al salir de la casa.

Seguíamos luego a la más estirada y protocolar de las mansiones. Al traspasar el umbral de la puerta solariega, el visitante se sentía en un mundo aparte, mundo detenido al margen de todas las corrientes y de todos los cauces. En el aire se respiraba etiqueta. Había que atravesar una gran “cour d'honneur” de piedras puntiagudas y brillantes, luego un patio de mármol para llegar por fin a suntuosas salas llenas de “panneaux” y decoraciones de estilo: el salón de baile, con muebles dorados al fuego y reluciente parquet, listo para la danza que nunca se efectuaba; el salón de los retratos y otra serie de cuartos de recibo que siempre olían a encierro.

Las señoras de la casa —no había hombres y sí varias mujeres— recibían en el salón de los cuadros al óleo que conservaban, en sus pesados marcos, la estampa de caballeros graves y pensativos dentro de sus románticas levitas y de damas con amplios trajes de brocato y marmóreos hombros escotados. Entre esas inmóviles figuras de arriba, y las de abajo sentadas rígidas y sin indulgencia en la punta de sus sillas de “petit point”, yo me sentía desdichada. Por lo demás, nadie me dirigía la palabra y mi presencia se ignoraba en aquella linajuda mansión. Semioculta tras la falda de tieso moaré de mi madre, yo me dedicaba a observar el lujo abrumador y solemne, cogiendo hebras de la plática austera. La puerta se

abría a cada instante y entraban otras imponentes figuras. ¡Cuánta gente! Hermanas, sobrinas, primas, de las dueñas de casa. La parentela, la imponderable parentela, tenida tan en alto por todas las presentes, que aparecían a mis ojos como seres de esencia diferente a los demás mortales. Se repetía a menudo una frase que llegó a incrustarse en mis oídos: "Nuestras familia no ha tenido nunca ni hombres deshonestos ni mujeres livianas".

A veces, cuando llegábamos temprano, se servía té. Un té lleno, también, de ceremonial. Aparecía la ancha tetera de plata sobre la llama azulada del anafe, junto a numerosas bandejas henchidas de golosinas y alfeñiques. No faltaba el chanchito arrollado "recién traído del fundo". Cada vez, a la vista de aquellos manjares, yo olvidaba el malestar de la visita, la atmósfera saturada de orgullo y la contención de gestos que exigía esa atmósfera. Un gran suspiro de alivio y regocijo ensanchaba mi pecho. Pero —suplicio cada vez repetido— aquellas golosinas no se podían tocar sin previo ofrecimiento de las señoras de la casa. Yo abría grandes ojos golosos y estiraba la mano, olvidando anteriores advertencias de mi madre. Pero nunca logré realizar el anhelo de coger el anticipo de un manjar. Los ojos maternales se clavaban en mí, suplicantes. Y yo aprendía, a duras penas, la difícil tarea de saber esperar. Parece que el buen tono no permitía ofrecer golosinas sino una sola vez. Con mesura, con desgano elegante, las manos tomaban los platillos de dulces tentadores y los saboreaban sin apuro, restando importancia al hecho. Luego las bandejas salían del salón tan henchidas de manjares como habían entrado.

Por fin —a Dios gracias— mi madre se levantaba y concluía la visita. Dejábamos el salón de los retratos, cruzando la sala de baile, el patio de mármol y luego la "cour d'honneur" vestida de nobles piedras puntiagudas. Hasta allí nos acompañaba una de las hijas de la

casa cuya voz, al despedirse, repetía cada vez la misma frase:

—Este patio de piedras amaneció todo florido de margaritas el día que nació mi hermana menor, la que murió hace algunos años...

—¡Qué raro! ¿Estás segura de lo que dices? —preguntaba mi madre con idéntico asombro cada vez.

—Todas lo presenciamos. Ya te digo: cubierto de margaritas que sólo duraron veinticuatro horas. Al día siguiente habían desaparecido y en su lugar estaban de nuevo estas piedras que ves..."

Cuando subíamos al coche y ya no podían oírnos, yo preguntaba siempre:

—¿Por qué venimos a esta casa? Es muy aburrida...

—Hay que ver a los parientes, hay que frecuentar a la familia, respondía mi madre.

—Pero ¿qué sacamos con visitar a estas señoras tan distintas de nosotras? insistía yo.

—Las cosas no se hacen por sacar o no sacar. Son personas estiradas pero, en el fondo, muy rectas. Y, sobre todo, son "la familia".

"¡Qué terriblemente aburrido es el lujo!" pensaba yo mientras nos mecía el lento andar del carruaje en marcha hacia otras mansiones. "Nuestra casa, sin mármoles, sin columnas, sin decoraciones costosas ¡es tan alegre y tan entretenida!".

La tarde empezaba a morir en tornasoles encendidos cuando tocábamos el timbre de una casona chata entre cuyos viejos muros vivía la más estrafalaria de las personalidades" "Es loca..." se decía de ella en la familia. Pero yo la encontraba muy simpática, tanto por las cosas que hablaba como por su extravagante vestimenta. Tules de colores vistosos envolvían su busto, coronando la ornamentación complicada de la blusa de seda llena de miñaques y alamares. Para salir usaba una inverosímil capota encintada y, en las manos, según la estación, manguito de pieles o sombrilla. Vivía rodeada de pájaros: canarios, loicas, caturras y papagayos cuyas jaulas pen-

dían por doquier, desde el zaguán de entrada hasta el pequeño salón atestado de muebles y consolas en que lucían su antigüedad las miniaturas y los daguerrotipos desteñidos.

Hacía participar a los pájaros en la conversación, dirigiéndose a ellos de preferencia que a las visitas. “¿Cómo está, tía?”, preguntaba mi madre. —“Intercadente, hija, intercadente. ¿No es verdad, Pitalita? Ellos me han cuidado bien. ¡Ay, qué sería de una sin estos seres! El médico me recetó una fricción; naturalmente, no tuve quien me la diera. Pues bien, ella, la Chepa, esa caturra chiquita que está a tu lado, se puso a picotearme el brazo y me hizo circular la sangre mejor que cualquier masaje... No les he contado que Corito ha aprendido canciones, verdaderas canciones, como un cristiano. A ver, Corito: una canción para las visitas...”

Como el pájaro guardaba silencio, ella, guiñando un ojo a mi madre, decía: “Dejaremos sin postre al que no sepa cantar, al que no sepa cantar...”. Luego agregaba: “Me he creado un mundo en el que no existen ni la maldad, ni la mentira, ni la envidia. Y soy la reina de ese mundo. Ustedes, en cambio, viven en el mundo de los hombres. ¡Uf, qué asco! Aquí todo es suave y aterciopelado como el plumaje de ellos...”.

Nuestra gira de visitas concluía en casa de una anciana muy bella. Su salón de recibo daba a un espléndido jardín, lleno de plantas raras y de flores de lujo. Ella, desde su sitial, dirigía el cultivo de esas flores. Siempre estaba acompañada de un gran núcleo de personas: entraban al salón médicos, abogados, mujeres rubias y lindas. La anciana, como mi abuela y como todos esos tíos de mi madre, tenía un extraordinario don de expresión y su palabra era fascinadora. Yo pensaba: “Me gustaría parecerme a ella y estirar la mano con ese gesto elegante. Me gustaría poder conversar y moverme como ella, sin precipitación, sin torpeza... Pero eso ¡ay! no es posible...”.

Cuando partíamos, atravesando aquel jardín encantado, ella nos miraba ir, erguida su alta y airosa silueta, mientras decía a su sobrina a manera de despedida: "¡Vuelve pronto, hija! Y no dejes de traer a la niña. . ." Entretanto, mi madre, al subir al coche, murmuraba como para sí misma: "¡Qué dignidad, qué nobleza, la de tía Adelaida! No va quedando gente así. . .".

En efecto, pocas veces después he visto seres tan originales dentro de su propia belleza, tan fuera del mundo y de la época, como aquellos viejos parientes de mi madre.

Mi abuela Tupper

El escritor nacional Daniel Riquelme, en un párrafo de su crónica "La Revolución de 1851", se expresa en la siguiente forma:

"Durante todo el combate, Beltrán había combatido al lado de Gutiérrez en la bocacalle de San Isidro, adonde no se acercaban más que los cascos de granada y las balas de artillería. Allí fue herido en un brazo, pero tuvo la suerte de que, al caer, lo recogiera una joven que le pareció un ángel bajado del cielo. Era doña Flora Tupper de Bianchi que, en persona, andaba socorriendo a los heridos. En su casa había instalado una ambulancia donde curaron a muchos, etc".

Yo la recuerdo en una vieja mansión chata, dentro del barrio de la Chimba, sentada en un amplio y raído sillón de brocado morado y frente a una biblioteca angosta que llegaba hasta el techo. Sobre el suelo y sobre las mesas, se apilaban innumerables volúmenes de todos los tamaños y de todas las épocas. Los aposentos de esa vieja casa abrían a un triste jardín solitario en que, envueltos por la maleza, crecían olvidados los rosales.

Era bajita, de facciones finísimas, y cuando la conocí tenía ya la cabeza nevada. Pero un gran retrato al óleo que siempre ví en nuestro hogar y que fue pintado por mi abuelo, pintor italiano de gran temperamento, la muestra joven, hermosa, con expresión absorta y fría,

manos perfectas y rubios cabellos peinados en bandó. Los ojos azules, muy tranquilos, no parecen mirar sino pensar. Ninguna sensibilidad, ningún rasgo tierno o débil en esa fisonomía pura, llena de austeridad. Fue la digna hija del Coronel Tupper, aquél inglés de noble abolengo, de carácter heroico y aventurero, venido a Chile a principios del siglo XIX y que por puro quijotismo abrazó la causa de los Pipiolo contra los Pelucones llegando a ser uno de los padres de la patria chilena. De él dijo Freire: "héroe al que Roma y Grecia habrían levantado estatuas. . .". Cobardemente asesinado después de la batalla de Lircay, dejó huérfanos a tres niños y viuda a una mujer de extraordinaria inteligencia, doña Isidora Zegers, que después se casó con Huneeus y que fue fundadora del Conservatorio Nacional de Música. Uno de los tres hijos del mártir de Lircay, era la abuela Tupper.

Criatura extraña, antes que todo cerebral, tuvo tan vasta ilustración que podía anotar los errores en cualquier libro de historia sin necesidad de consulta alguna. Hablaba como su propio idioma el francés y el inglés, don muy raro en aquella época, y poseía una vocación por las letras que la llevó a escribir artículos en "El Ferrocarril" oculta bajo el pseudónimo de Tucapel Fanor y a hacer un "diario" de carácter objetivo que desarrolló hasta los últimos años de su vida.

Sus siete hijos —seis hombres, altos rubios, de claras pupilas, y mi madre, única mujer y la menor de aquella larga prole— no podían sentir gran cariño por aquella peregrina mujer que nunca supo acariciarlos ni comprenderlos y que en vez de facilitar el lado práctico de la vida y los domésticos afanes del hogar, vivía encastillada en medio de una montaña de libros, tomando notas y escribiendo sin tregua. Muchas veces, al volver del colegio y más tarde de la Universidad, se encontraron con que carecían de cocinera y almuerzo, y ante sus protestas la oyeron responder con calma: "¿Comer? Es cierto, hijo... No había pensado en eso". Hasta hubo una ocasión en que:

comprobaron que la mesa de comedor había sido obsequiada, aquella misma mañana, a una familia "más pobre que nosotros".

Nacida en un hogar de gran brillo y riqueza, tuvo que soportar después de casada crueles reveses de fortuna. Su marido, el joven pintor italiano, conocido en el salón de su madre cuando llegaba recién de Europa, era bohemio y artista, poco apto para administrar una fortuna y a quien el pincel no aportaba lo necesario para vivir. Pero ella marchó erguida junto a la mala estrella del esposo —"el elegido de mi corazón"—, según lo llama en su diario, sin envidiar la suerte de sus hermanos millonarios y sin exhalar una queja ni una palabra de nostalgia por la pasada opulencia. Tenía predilección por los humildes, por los mansos de espíritu. Y a pesar de su pobreza, que aumentó al quedar viuda, vivió protegiendo a otros más pobres que ella. Pero sus actos piadosos no se revestían de muestra alguna de ternura y eran regidos por una especie de íntima convicción y de mandato interno que inspiraba su vida.

Estaba dotada de una implacable, terrible sinceridad, que más que virtud era defecto y que le hacía imposible las relaciones humanas. Nunca aceptó formulismos ni transigió con la mentira, aún convencional o misericordiosa. Era una puritana. Esa intransigencia y otras características de su fuerte personalidad, la situaban fuera de los moldes femeninos de la época y sus contemporáneos la calificaron de "extravagante". Mantuvo, sin embargo, un reducido salón literario, frecuentado por algunos grandes de espíritu. Gravitó en él con su aspecto virginal, su erudición, su pasmosa memoria que no perdió ni en la más avanzada vejez.

No era una soñadora ni una romántica. Al contrario: verdadera estudiosa a la par que mujer de acción —cosa muy rara en aquella época de reclusión y oscurantismo para la mujer— poseía un cerebro de hombre, preocupado de pensamientos graves. Hoy habría hecho labor efectiva y brillante en la tribuna o en la cátedra. Entonces —a

mediados del siglo diecinueve— sólo pudo desentonar en un medio tradicional y arcaico que sofocó sus aptitudes.

Sus treinta y ocho nietos, de diferentes edades, sentíamos un temor indiferente hacia esa abuela tan distinta de todas las abuelas, tan ausente de mimos, y cuyas extravagancias y falta absoluta de respeto humano, se nos narraban en las tardes de invierno, alternadas con cuentos de hadas. Advertíamos, con nuestro instinto de niños, que ella no necesitaba de nosotros y más tarde comprendimos que se había construido un mundo propio, sin fronteras, en el que dialogaba indefinidamente con sus autores predilectos.

Cuando llegaba de visita, baja, menuda, modestamente vestida, pero envuelta la alba y hermosa cabeza en una mantilla de encaje de Inglaterra que heredara de la familia de su padre, los niños nos apresurábamos a esconder nuestros juguetes pues sabíamos que, como tantas veces, se adueñaría de ellos para ir a repartirlos entre otros niños "menos felices que Uds."

No esperábamos de ella ni ternura, ni caricias, ni preguntas. Jamás se interesó por seguir la trayectoria de esos múltiples cerebros infantiles que eran sus descendientes. En cambio, era valerosa hasta la temeridad y lo probó, no sólo en el episodio de la revolución de 1851, sino cierta noche que sintiendo extraños rumores en su antigua y aislada vivienda, se armó de un viejo fusil, salió al huerto, y ella, tan frágil de cuerpo, disparó, ahuyentando a los forajidos.

Pasaron los años y ya únicamente algunos espíritus estudiosos llegaban hasta su retiro a consultarla como a una biblioteca viva. Cada vez se fue quedando más sola. Los fieles amigos habían muerto; los otros abandonaron uno a uno esa existencia tan singular y tan pobre. Sus hijos, atareados en abrirse un camino, apenas tenían tiempo para cruzar el puente y llegar, del otro lado del río, a la vieja casona de la Chimba que albergaba a esa madre extraña, fría, absorta siempre en las amarillentas hojas de los libros. Cada día se fue quedando más sola y hubo

veces, me imagino, en que únicamente los claros vidrios de la ventana recibieron la confianza de su mente llena de sabiduría.

La última vez que la ví estaba así: sentada en el eterno sillón de brocado morado, junto a la claridad de la calle, con un lápiz entre los dedos ágiles y un papel a medio escribir sobre la falda. A sus pies brillaba el enorme brasero de bronce labrado cuyos carbones encendidos esparcían siempre en el ambiente de la pieza el olor peculiar, exquisito, del alucema. Desde la vereda, antes de golpear con el pesado aldabón a la vetusta puerta de la casa, mi madre y yo miramos la ventana y la vimos con la frente pensativa apoyada en el cristal, contemplando la acera humedecida de lluvia, la larga calle triste, sin nostalgia ni pesar en los ojos azules, con esa impasible y lejana frialdad habitual que acaso fue sólo un disfraz para ocultar a las miradas de un mundo incomprensivo, la orfandad y la desdicha irremediables.

Días después, sin emoción, los niños nos fuimos repitiendo como un eco la frase transmitida por los padres: "Murió la Meme. . . murió la Meme. . .". Con esas palabras enterramos en la bruma del pasado la imagen de la abuela. Y nunca, a lo largo del camino, la hemos vuelto a encontrar.

Remordimientos

Un murmullo ahogado y desigual, cada vez más intenso, partía de la cocina. Penetré quedamente y ví a la nueva criada sentada solitaria junto al horno, con la cara oculta entre las manos, mientras raudales de lágrimas corrían como una lluvia sobre sus dedos. Era una joven suplente que reemplazaba por algunas semanas a la antigua y majestuosa cocinera cuya sola presencia hacía temblar de pavor a los niños. Como a través de un enrejado, la llorosa criada me miró por entre el abanico de sus dedos. Luego, avergonzada, secó su llanto con una punta del delantal a cuadros y empezó lentamente a revolver las cacerolas. Sin mirarme, suspiraba muy hondo, suspiraba muy quedo. En el desamparo de mis diez años, yo no sabía qué actitud tomar y boquiabierto miraba ese cuerpo robusto que se sacudía a intervalos y cuyo dolor me iba envolviendo como una red. ¿Por qué sufría? ¿qué secreto drama pesaba sobre ella?

Para hablarle en esos momentos, para consolarla, requeríase un valor, una compostura que no supe de dónde sacar.

Sacudido siempre su pecho por los sollozos, la suplente me miró de reojo. Sin duda, esperaba de mí la palabra adecuada, la que todos encuentran, aquélla que inevita-

blemente sube del corazón en tales circunstancias. Pero yo permanecí muda, sin encontrar esa palabra. Entretanto, la atmósfera de la pieza se hacía pesada de mi silencio y de su llanto. Bruscamente decidí para mis adentros prescindir de aquel dolor humilde como si me fuera indiferente. Empecé a canturrear con aire desenvuelto y abandoné enseguida la cocina, dejando a mis espaldas a la joven criada con su tragedia a cuestas.

Pero no pude, esa noche, ahogar mi remordimiento.

En torno a la biblioteca de mi padre

Antonio, el mozo español que servía a mis padres desde que yo tuve uso de razón y que permaneció con ellos hasta su muerte, era un personaje singular. Flácido, pero ancho de cuerpo, de tinte rubio y edad indefinida —siempre la misma— sus ojillos azules estaban desposeídos de expresión. Atendía el estudio de mi padre con una especie de religiosidad. “Que no nació yo pa pasar fuentes en la mesa, explicaba. Que yo nació pa ésto: señalar el camino a los personajes que visitan al señor”.

Fuera de eso, hacía muchos otros menesteres: barrer patios, ir de compras o mandados, cerrar las puertas en la noche y, una vez por semana, penetrar con mi madre y seguido de los niños, a un desván de cosas viejas donde se acumulaban inverosímiles utensilios quebrados y sin uso. “Antonio, saque un colchón, ordenaba mi madre. Antonio, búsqieme un fierro largo y una argolla. A ver, abra esta maleta mundo. . .”. A los niños nos atraía el desván con su clima de encierro que guardaba imprevistos objetos en el abismo de sus sombras llenas de telarañas y polillas.

Una de las ocupaciones que se creó Antonio en sus tardes fue instalarse bajo el corredor con una musiquilla a flor de labios y tocar marchas para entretener a los niños. En la fila y militarmente, de mayor a menor, dábamos vueltas alrededor del patio al compás de la aguda musi-

quilla. La diversión, a veces, duraba horas y era tan importante para Antonio como introducir clientes al escritorio o visitas al salón.

—¿De dónde eres, Antonio? solíamos preguntarle. Y siempre su respuesta era la misma: —De la Calle de la Amargura, allá en un pueblito de España”.

Junto con su reputación de abogado y político fue creciendo en dimensión el estudio de mi padre. Al principio era sólo un gabinete. Después, desde muy niña, recuerdo todo un costado del patio principal convertido en estudio. Contigua a la mampara estaba la pequeña portería de Antonio; en seguida, la sala de espera, comunicando hacia el escritorio de los dos secretarios, Muñoz y Marín; luego la enorme biblioteca con sus muebles de cuero color marroquí y su desmesurada mesa de trabajo; por fin, un saloncito casi siempre vacío.

La biblioteca era una pieza fascinante. Cuando partía mi padre a los tribunales o a reuniones políticas, yo penetraba a ella como a una región inexplorada y recién descubierta. Me placía el olor de los libros, ese olor peculiar a papel oprimido. Cerraba los ojos e iba pasando la mano por los lomos de los volúmenes alineados hasta el techo, deteniéndome en algunos cuyo oro presentía. Había ediciones de lujo que me comunicaban cierto calor especial. Me placía, asimismo, mover el terciopelo rojo obscuro de la cortina que caía en pesados pliegues ante el umbral del saloncito. Se me antojaba una cortina de teatro. Había sobre los anaqueles obras de toda índole y entre ellas algunas en latín.

La mesa de trabajo ostentaba siempre un gran desorden porque Antonio tenía prohibición de limpiarla y tocar los papeles. Desde cada extremo, dos hermosos bustos de mármol vaciaban en la sala su blancura: Napoleón y Julio César. Este último era mi preferido. Su ceño enérgico, su nariz recta, el arco pensativo y arrogante de la boca, ejercían sobre mí atracción irresistible. Empinándome, conseguía rodear su cuello con mi brazo y sentía una infinita sensación de placer al apoyar la mejilla so-

bre el helado mármol de su rostro de dominador. Napoleón, en cambio, nunca atrajo mis miradas. "No me gustas. . .", le decía al pasar, volviéndole la espalda.

En el saloncito, sobre un estante, había una cabeza de Homero. La niñera Melania, entrometida y fanática, creía que era la estampa de Lutero y no penetraba a esa habitación para no verlo. Si por acompañar a alguno de los niños iba a buscar algo en aquel silencioso recinto, se persignaba al enfrentar a Homero, murmurando con énfasis: "No miren hacia ese lado. . .".

Antonio describía con primor a los clientes que llegaban a la sala de espera. Su escasa imaginación aflucía en esas ocasiones y, con frecuencia, inventaba personajes. "Hoy entró un príncipe y más atrás una señora colorina. A su lado hay una especie de mendigo. . . Ayer vino cierto señorito bien vestido que dijo al estirar la mano al caballero: "Señor, si Ud. no me defiende, me pego un tiro. . .".

Su mansedumbre habitual era turbada, a menudo, por rencores violentos. Una tarde, tras un altercado con la cocinera, anunció que se iba para siempre de casa. Hubo consternación en la familia. "Me voy contigo, Antonio", contestó mi padre con firmeza. Conmoverlo, el mozo decidió no partir.

Y permaneció con nosotros hasta la hora en que llegó la muerte. A un tiempo, dentro de la misma semana, patrón y mozo se extinguieron. Y aquella frase de mi padre, pronunciada treinta años antes y que resumía todo un caudal de gratitud hacia la fidelidad de un viejo servidor, tomó cuerpo a espaldas de la vida. Fue profecía y símbolo. "Me voy contigo, Antonio. . .".

Lecturas

Alguien —no recuerdo quién— debe haber dirigido con amor nuestras lecturas infantiles, haciéndonos penetrar paso a paso en el mundo seductor de las hadas, los dragones y los duendes. Fue, sin duda, mi madre la que, con manos invisibles a fuerza de ser suaves, puso a nuestro alcance esas primeras lecturas que son como grandes ventanales de asombro y maravilla.

Ibamos lentamente. Enredados a los pequeños delantales y a los largos días de lluvia en que no asistíamos al colegio, aparecen Michín y Renacuajo. Luego entramos de lleno al reino milagroso de Andersen, Grimm y Perrault, poblados de estrellas y de brujas, de corceles alados y de perversos ojos que traspasan los muros. Al contacto de aquellas ficciones, la existencia cotidiana adquiría un tinte de aventura, y personajes fabulosos turbaban nuestros sueños. Es que una divinidad misteriosa había venido de pronto a habitar en nuestras almas de niños y susurraba su mágico vocabulario en nuestros oídos inmensamente atentos. Ante mis ojos de siete años, las nubes eran montañas suspendidas; las montañas, iracundos gigantes; y los lagos color ceniza sólo existían para amamantar en sus entrañas la presencia de pérfidas sirenas.

Durante la noche se acentuaban las visiones, mientras dedos cariñosos nos acariciaban el cabello para sumirnos en el sueño. De ese modo, recuerdo cierta vez haber pre-

senciado la transformación de mi cuarto en un inmenso bergantín amarillo y sus cortinas en alas rebeldes. Más tarde nos detuvimos largamente en los relatos embriagadores de dos francesas: Mesdames Leprince y d'Aulnoy. ¡Ah, el pájaro azul golpeando con su pico las rejas de la cautiva princesa! ¡Y la gata blanca que poseía alma de mujer!

Hay millares de niños, lo sé, cuya infancia no se ha reflejado en esos espejos encantados de lo sobrenatural ni ha sentido el vértigo de imaginarios precipicios. Pero los que tuvimos la dicha de entrar al mundo de las hadas, acaso podamos descubrir más fácilmente que los otros un poco de milagro adherido a los insignificantes sucesos de la vida. En todo caso, sabemos trepar por escaleras mitológicas y coger un aereolito con las manos para echarlo en nuestro vaso de agua. Sabemos muchas cosas que los demás no saben. Y es una sabiduría especial esa que nace de las infancias estremecidas largamente por voces de fantasmas adorables.

El hechizo de "La Bella y la Bestia", se enlaza en mi memoria a los arpegios y escalas de mis primeras lecciones de piano. Me las daba una viejilla flaca y boquisumida que recogía sus ralos cabellos en un moño semejante al cuesco de la lúcumá y cuyo nombre —Dolores— resultaba inseparable de sus duros ojillos y de su voz asmática. Cuando mis dedos equivocaban la nota, ella, con una regla de madera, los golpeaba. "¡Atención, niña!" decía agriamente. Yo recibía el golpe sin una queja, pero era en aquel instante cuando mi pensamiento iba a refugiarse, como en una compensación deliciosa, junto a la Princesa de las nieves o bajo las alas del pájaro encantado.

Además de las lecturas, un recreo delicioso era ir dando vuelta las páginas de "La Divina Comedia" y de "El Quijote", deteniéndome largamente en cada uno de los grabados de acero de Gustave Doré que ilustraban aquellos grandes y lujosos ejemplares.

Evoco el espectro de Saturnino Calleja cuyos diminutos volúmenes permanecían toda la noche bajo la almo-

hada para dormir más cerca de los seres ataviados de oro y plata que los poblaban. Saturnino Calleja. . . ¿editor, autor? Nunca lo supe, ni era preciso saberlo. Se deslizaron los pequeños libros entre textos de estudio como un amuleto precioso que ayudaba a alivianar las tareas de geografía y matemáticas. Hasta que otros, más serios, menos fééricos, los reemplazaron. "Las Veladas de la Quinta" y "Las Tardes de la Granja", obsequiados por las dulces manos maternas que querían por fin arrancarnos de nuestro mágico escenario. "Ya está bueno salir del mundo de las hadas y pisar en tierra firme. . ." murmuraba su voz. "No sé si he hecho bien en educarlos de este modo, con tanto cuento. . .".

Pero, lo que marcó un acontecimiento en nuestra vida adolescente, fue David Copperfield. Entraba recién el verano y, al igual de cada año en el mes de diciembre, nos habíamos trasladado a una quinta que tenían mis padres en lo que ahora es el barrio alto de Santiago. A pleno aire y formando sobre la tierra fresca del jardín o del huerto un vasto círculo en torno a Chin que nos leía fuerte, éramos un auditorio ávido de siete niños, entre ocho y quince años. Mientras oíamos, alguno de nosotros fijaba sus pupilas en las perspectivas inmensas o en la obscura silueta de las plantas que lamían los muros medianeros; otros devoraban con los ojos el expresivo rostro de Chin; amplia frente, boca entreabierta para que surgiera la palabra imprevista, negra mirada. Y aparecían los personajes de Dickens: Inés, Pegotty, Steerford. . . El día en que Dora sufrió un desmayo y nuestro primo, como si encarnara al mismo David, héroe de la novela, exclamó con voz ardiente: "¡Abrid los ojos, Dora, por piedad!" yo ví ante mí, concreta y viva, a la adolescente inglesa de otro siglo que me sonreía desde un prado de achiras escarlatas a cuya vera estábamos tendidos. Dora, volviendo en sí de su desmayo, tomó un tinte escarlata. David o Chin, a sus pies, tornóse también escarlata. Las flores eran seres, los seres eran flores. . . Y aquella sumersión en el universo de la fatasia duró horas, hasta que

un sonido cualquiera —la campanilla de bronce llamando a tomar té— efectuó la ruptura entre lo inexistente y la diaria realidad.

Por aquella misma época me sumí con delicia en “María” de Jorge Isaacs y en algunos clásicos españoles, como Calderón de la Barca y Jorge Manriquez que fueron, entre ellos, mis preferidos. Y de ese modo llegué a “Quo Vadis” y al “Werther” de Goethe. Además, durante largo tiempo, guardé sobre mi velador, con devoción, las “Rimas” de Béquér. Era un ejemplar de lujo que pertenecía a mi madre, editado y empastado en España de un azul vivo con ribetes de plata. Aquel engaste agregaba fascinación a la que ya me producían sus poemas. Por fin, más tarde, vino el verdadero saqueo de la vasta biblioteca de mi padre y de aquélla, más reducida, pero no menos atrayente, que poseía mi madre en dos estantes gemelos que servían de fondo a la antesala. Fue una orgía de lecturas en que se mezclaban los autores más ajenos entre ellos: junto a lo consagrado estaba lo pasajero, junto a lo banal lo profundo. Muchas obras eran leídas con aprobación de la familia, otras a hurtadillas, pero todas aún las más superficiales, contribuyeron a iluminar los días de mi primera juventud.

Del mismo modo ocurrió con la música de Beethoven. Me había volcado con fervor en sus sonatas y, dirigida por Dunker, mi profesor, llegué a tocarlas con bastante corrección y con el sentimiento que me inspiraba Beethoven. Tenía mi dormitorio lleno de retratos suyos y, sobre un pequeño escritorio de palisandro, la famosa mascarilla de su rostro. Durante las veladas, abría el piano para recrear a la familia, y un viejo amigo de la casa —Alejandro Gacitúa— fanático de música, corregía las notas falsas, dirigía la cadencia, frenaba el exceso de sensibilidad de mi concierto beethoviano.

Para colorear la época adolescente, fuera de las lecturas, existían además los relatos vividos que contaba en las noches mi madre durante las veladas. Una de sus grandes emociones de niñita fue cuando supo que Chile

había ganado la guerra al Perú. Ella y mi abuela, en su noche apacible del barrio de la Chimba, sintieron de pronto rumor de gente alborozada que corría por la calle, entremezclado a frenéticos gritos: “¡Victoria, victoria!”. Luego uno de sus numerosos hermanos entró a la casa todo agitado y precipitándose a la sala en que estaban, las abrazó exclamando: “Arréglense pronto y nos vamos a la Moneda. . .”.

—Casi corriendo, decía mi madre, atravesamos el puente y luego las calles atestadas de gente hasta llegar a la plazuela de la Moneda. No se podía seguir. Una muchedumbre enloquecida se apiñaba frente al Palacio. Y de pronto, se abrió uno de los balcones y apareció el Presidente Pinto con un telegrama entre las manos. Todos enmudecieron, con los ojos clavados en él. Y recuerdo que don Aníbal Pinto, al leer a la multitud el telegrama de la victoria, lloraba . . . Y todos lloramos de alegría con él”, terminaba ella, conmovida aún al evocar ese gran recuerdo de su infancia.

—“Otra tarde, nos contaba, llegó Alvaro, muy de prisa —¡Están derrumbando el Puente de Cal y Canto! dijo. ¡Hay que ir a ver! Tengo un coche a la puerta. . . Salimos los dos casi corriendo y subimos al coche de posta que nos llevó hasta el puente.”

En ese punto se detenía siempre.

—¿Y qué vieron? preguntábamos nosotros.

Pero ella se mantenía reservada.

—No sé, no me acuerdo. Escombros y tierra, mucha tierra. Cientos de personas estaban mirando. . .

Y allí terminaba esa historia que nosotros habríamos querido interminable.

Personajes

En casa de mis padres hubo siempre la costumbre de recogerse muy tarde y aún los niños jugábamos o conversábamos hasta las once de la noche, hora en que aparecía la surtida bandeja con el té humeante y el sorbete de guindas. Entraban y salían comensales. Recuerdo a un personaje de larga figura que semejaba un Cristo por sus barbas renegridas y su rostro amarillento. Me parecía un héroe de leyenda cuando lo veía llegar atravesando el pasadizo de entrada con su levita gris y su chambergo de amplias alas. Era don Paulino Alfonso.

Una vez instalado en la tertulia de mis padres, sentíamos desde la sala vecina el timbre fuerte y agudo de su voz que a veces, en el fuego de alguna disertación, llegaba a un diapasón tan alto que causaba en nosotros, los niños, una mezcla de diversión y susto. En puntillas íbamos acercándonos a las puertas del salón y, medio ocultos tras el terciopelo de los pesados cortinajes que se usaban entonces, escuchábamos boquiabiertos las frases elegantes y rebuscadas del extraño personaje.

Solía abandonar el salón para incorporarse un momento a la intimidad de la antesala y obsequiar a las personas sin importancia que allí nos reuníamos una sonrisa para suavizar sus consejos y aquietar la timidez que su personalidad nos creaba. Entornando un poco los ojos, observábanos a fondo y decía: "Una rosa amarilla debe-

ría cortar la insípida monotonía de ese traje. . . Y Ud., niña, con su tipo meridional ¿cómo se atreve a vestirse de verde?. . . Demasiado artificial esa manera de amarrarse las trenzas. . . A ver, a aquella jovencita que viene del patio, quisiera hacerle una pregunta: ¿está contenta de imitar a un pato en su modo de andar cuando sería tan fácil evocar al cisne?”. Así, una a una, nos iba analizando con sus ojos de artista que parecían traspasar las formas y líneas impúberes.

Gustaba también de instalarse junto a la gran mesa de centro y poner un lápiz y un papel entre mis dedos. “Vamos a formar una futura pintora. . .” decía, guiando mi mano. Pero, ante mi incapacidad, su entusiasmo se apagaba. “¡Deditos torpes!” lo oía murmurar.

Más que los escritores le interesaban los pintores, siendo él dibujante antes que nada. En su afecto hacia mí deseaba atraerme hacia las artes plásticas. Pero mis dedos, bastante ágiles para el piano, eran inhábiles para el dibujo. Así como para las labores de mano fueron siempre absolutamente inertes, como los de mi abuela Tupper. Es que, acaso, la parte física no obedece cuando falta la llama del espíritu que la anima, o sea, la vocación, el anhelo. Mis dedos, que yo sentía tan livianos escribiendo o acariciando las teclas del piano, se inmovilizaban al coger la aguja o al empuñar las cacerolas. Ello desesperaba a mi madre cuyas manos de hada fabricaban exquisiteces culinarias y sabían deslizarse como mariposas sobre la tapicería o la costura. “¡Qué vamos a hacer con esta criatura! exclamaba. Nada de lo que debe saber le gusta”. En verdad, ¿cuánto tiempo hacía que yo bordaba un mantel de té adornado con siete gorriones azules que destinaba como obsequio a mi madre para su aniversario? “¡Tres años ya y sólo veo las alas del primer pájaro!” decía ella con un suspiro. “Moriré sin alcanzar a verlos terminados. . .”.

Y así fue. Pasó la vida. Formamos otros hogares. Desaparecieron los padres. Y los gorriones azules durmieron inconclusos su eterno sueño.

Tendría yo unos catorce años y estaba en el colegio cuando Clara, una amiga de esa época, me dijo: "Píde permiso para ir a comer a mi casa y conocerás a un hombre muy importante. Es el marido de mi hermana mayor", agregó con orgullo.

Clara era menuda, rubia, bonitilla, y tenía ciertas aficiones intelectuales: leía mucho y bueno, gustaba de música y frecuentaba los conciertos. Pero ese impulso hacia los recreos del espíritu estaba en lucha —sin que ella lo supiera— con las raíces fuertemente convencionales y burguesas de su medio, dirigido por la madre, más que por el padre. La madre, de ascendencia europea, mitad alemana, mitad francesa, era culta e intelectual, pero había creado para sus hijas un mundo hecho de fórmulas y prejuicios. Aquel mundo estaba destinado a sofocar el desarrollo de cualquier personalidad interesante. Así ocurrió, en efecto. Las hijas fueron metidas en moldes y allí quedaron. Uno de los principios de aquella respetable señora era impedir que la mujer se destacara en el terreno de la inteligencia; otro, hacerla repudiar, una vez casada, a las amigas de soltera, pues la amistad, sobre todo si ha sido honda, puede tender a distraerla de sus deberes domésticos y hogareños. Tales principios no se proclamaban en su casa, pero hacíanse sentir con fuerza de mandato.

Apenas casadas ambas, Clara, a quien me unía una de esas amistades hechas de perfecta afinidad que son como un milagro en la vida, se alejó de mí, sin explicaciones ni concesiones de ninguna especie. En vano, durante años, llamé, busqué a la compañera de antes: mi solicitud se estrelló cada vez contra un muro de hielo. Al fin tuve que resignarme. Pero me pareció injusto que, sin motivo, se deshiciera un sentimiento de esa calidad y, renunciando a entender la actitud de Clara, empecé a despreciarla por haber tomado con tanta ligereza lo que era para mí una especie de religión. Nunca la volví a frecuentar. Aquel desencanto afectivo fue uno de los grandes desgarramientos de mi juventud.

Después de su invitación a comer, formulada en la cumbre de nuestra intimidad, obtuve permiso para asistir a la comida de marras y despierta mi curiosidad por la frase de mi amiga, tomé asiento, junto a tres muchachas de mi edad, en el extremo de una larga mesa llena de comensales. De ese modo conocí a Carlos Silva Vildósola, director de "El Mercurio" de Santiago, quien deslumbró mi mentalidad adolescente con el brillo de su charla. Pocas veces he encontrado en persona alguna tal destreza para manejar las ideas y dominar al auditorio con una plática ingeniosa, llena de matices, de claro-oscuros, en que se enlazaba lo cómico a lo trágico. Era un malabarista del pensamiento. Se reía de sí mismo, se reía de los otros, se reía de la vida, con gracia envolvente y fina. El contraste entre su rostro dantesco, de líneas severas, de amplia frente y nariz curva, y esa charla seductora, despertó en mí un asombro y una fascinación que duraron largo tiempo. De vez en cuando se volvía a nosotras, la gente menuda atenta a sus palabras en la punta de la mesa, y nos regalaba alguna anécdota divertida.

Cuando regresé a casa, fui a preguntar a mi padre: "¿Por qué este ser extraordinario no viene a las reuniones de Uds.?" La acogida de mi padre fue más bien fría: "No somos amigos, dijo. No lo seremos nunca. Representamos en todo sentido algo distinto. . .". Mi simplista mentalidad de muchacha permaneció perpleja: a mi ver, esas dos inteligencias superiores, brillantes, estaban hechas para entenderse. Ante mi decepción, él agregó:

—Escucharás a Silva Vildósola cuantas veces quieras, hija, en casa de tu amiga. Y además ¿sabes? podrías tener un álbum en el que escribieran pensamientos o autógrafos todas las personas sobresalientes que vayas encontrando. Ya conoces a muchas. . ."

Era, en realidad, la época de los álbums, de los lentas, de las tarjetas postales. Me gustó la idea. Y fue Carlos Silva Vildósola quien inauguró aquel libro en blanco, de finas tapas de cuero fileteadas en oro que, según me su-

girió mi padre, debía encerrar el pensamiento de algunas celebridades. He aquí lo que escribió:

“La carta que no llega.

Ví en una comedia a una pobre niña que vivía en un pueblo apartado sin más compañía que su padre y sus ensueños virginales. Su padre recibía cada días cartas y periódicos que lo ponían en contacto con el mundo. Ella esperaba una carta. ¿De quién? No sabía de quién; no tenía quién le escribiera, pero aguardaba siempre con una fe vaga, con una obscura conciencia de que un día, entre aquellos papeles, llegaría para ella un mensaje de felicidad, una palabra de amor, un pedazo de alma que viniera en busca de la suya.

Así vivimos, esperando el mensaje de felicidad que la vida nos debe. No sabemos de dónde vendrá, pero lo aguardamos en el umbral de cada día. ¿Vendrá con las flores, con el fuego estival, con las hojas muertas, con las nieves? Si no ha llegado en la juventud, parécenos que lo traerá la edad madura. Si ésta nos defrauda, todavía en la trémula vejez estamos esperándolo.

Y a veces ocurre que llega la carta con nuestros pasaportes, que la última luz se apaga y el mensaje no ha venido. Entonces, al partir, aún pensamos que nos aguarda en otra vida. Y esta esperanza, que nos ha hecho amar la existencia, nos hace mirar la muerte como la mensajera de la carta que no había llegado”.

A Joaquín Díaz Garcés lo seguiré viendo bajo las mil campanas de Roma. Era, cuando lo conocí, un hombre como de treinta y cinco años, alto, fornido, y su rostro viril, de boca enérgica y oscuros ojos, encarnaba al gran señor chileno, de pura raza castellana, con raíces y gustos auténticamente criollos. De su conversación siempre inteligente surgía a menudo una nota sarcástica. Recuerdo con qué gracia, teñida de tristeza, criticaba el exceso de sentido práctico del chileno, del sudamericano, y la insensibilidad que mostraba frente al arte y aún a la naturaleza. Refería anécdotas pintorescas de “esos seres que

en los parques antiguos echan de menos la tijera de podar y que creen que las callejuelas medioevales no han sido ensanchadas por falta de fondos. "Esos seres, agregaba, que desearían que los gallos, en vez de cantar a la aurora, cantaran a la rueda de mediodía en la Bolsa de Comercio. Porque, la famosa frase de los padres de familia sudamericanos: "hay que formar hombres prácticos", los ha conducido demasiado lejos y han formado hombres que sólo son insensibles".

—En general, el sudamericano es así, suspiraba, durante nuestros paseos en grupo por el Palatino o por la Villa Borguese. Pasa ante la belleza del arte, de los siglos y de la naturaleza, frío, seco, insensible. El viajero argentino tiene aún una desventaja notoria sobre los otros latinoamericanos: no le basta no admirar, sino que combate lo que ve. Viene enfatuado con Buenos Aires y, ante las maravillas que se le muestran, exclama: "¿Ha estado Ud. en Buenos Aires? Quiero ver algo que no haya en mi tierra. . .". Un día, ante la incomparable estatua griega llamada La Fanciulla d'Anzio, me permití decir a un millonario argentino que viajaba con gran pompa: —Vea, señor, por mucho que caven en Buenos Aires, no encontrarán estatuas griegas del cuarto o tercer siglo antes de Jesucristo—. No, contestó, pero encontramos los esqueletos de los intuosauros y de los mastodontes —Ud. lo ha dicho, señor. Cuando los mastodontes se paseaban por la que es hoy Avenida de Mayo, había ya capitales latinas en el mundo".

Así departía el escritor Díaz Garcés y de sus expresiones, de su tono de voz, fluía un hechizo, una cautivadora simpatía. Yo, perdida en el grupo de oyentes, sacaba a hurtadillas un lápiz de mi cartera y en una pequeña libreta iba apuntando, con signos sólo para mí descifrables, sus palabras y sus conceptos. Comprendí que si su sensibilidad habíase crispado frente a defectos del sudamericano, era porque amaba demasiado a su América áspera y trágica. En su errabunda vida de diplomático la patria se le hacía presente a cada paso con su olor a

tierra virgen y con la tremenda fuerza de sus paisajes. Y habría querido al hombre de esa América, no práctico ni seco, sino cogiendo toda la belleza que encontraba en su camino y expresándose con voz auténtica, con rasgos significativos. En los otros, en los sudamericanos insensibles a la belleza, no sentía hermandad el artista que había en Díaz Garcés.

Una tarde, en los salones del viejo Palacio Torlonia, sede de la Legación de Chile ante el Vaticano, se dedicó a charlar con la niña un poco asombrada que era yo y a interrogarla sobre sus gustos y tendencias. Obedeciendo acaso a un secreto anhelo que se anticipaba años a su realización, le dije con aplomo: —Soy escritora—. ¿Y qué ha escrito? preguntó él con curiosidad. Quedé perpleja. No había escrito nada, ni siquiera algunos de esos cursis poemas que, en sus horas de exaltación, borronean las colegialas sentimentales. Pero, eso sí, garabateaba en un cuaderno sucesos e impresiones cuyo conjunto formaba el “diario” de mi vida. —¿Y qué escribe? repitió, ante mi silencio, Díaz Garcés. —Mis memorias, contesté con énfasis.

El sonrió con su ancha sonrisa llena de luminosidad. —Me las tiene que mostrar, algún día.

Poco después, en vez de mi “diario”, yo puse entre sus manos el librito con tapas de cuero encarnado que contenía los autógrafos de hombres notables, seleccionados desde los catorce años.

—Ud. es un gran escritor, murmuré al entregárselo. Se echó a reír, halagado, y se llevó el librito. Me lo devolvió con el siguiente relato:

“La historia de unos ojos”.

“Había cierto rey en un país de Oriente que buscaba en las flores la felicidad de su existencia. Un viejo mago, muy entendido en los males de los hombres y en otras ciencias aconsejó a su soberano que dejara sus jardines de rosas porque la sonrisa que difundían las flores era efímera como la brisa. “Tú necesitas, dijo, encontrar un alma de mujer y cuando logres asomarte a ella como a un

lago tranquilo, tendrás la paz que buscas porque su sonrisa te acompañará hasta el fin.

Comenzó el rey por estudiar a las mujeres de ojos negros, pues pensaba que a través de su profundidad vería el alma que ambicionaba encontrar. Los ojos negros eran profundos, pero impenetrables como la noche: nada dejaban ver. Más tarde, cuando la juventud pasaba, el rey observó los ojos verdes porque creyó que ese color misterioso, emblema de la esperanza y del mar, prometía más fácil éxito. Pero los ojos verdes no lo dejaron ver más allá de lo que dejan ver las esmeraldas. Se acercaba ya la tarde de su vida y el rey tendió la mirada hacia los ojos celestes porque la transparencia del color, símbolo del cielo, lo acercaría más pronto al lago tranquilo prometido por el mago. Pero los ojos celestes quedaron mudos como queda mudo el cielo cuando no se tiene fe en él.

Cuando el rey, desalentado ya, volvió un día a su jardín de rosas que crecía abandonado e inculto, vio venir a su encuentro a una niña de otra raza: no era la mujer de Oriente, enigmática, impenetrable; era la mujer de Occidente, la cristiana que, como la Samaritana del Libro Santo, se acercaba al brocal del pozo bíblico con el ánfora vacía entre las manos. El rey miró sus ojos grandes, húmedos, oscuros, pasó a través de ellos como por un cristal y pudo contemplar el lago tranquilo de sus sueños. Al mirarse en el espejo imperturbable, comprendió que la sonrisa y la paz que buscaba estaban allí, a su alcance.

La historia del rey de cierto país de Oriente, de la predicción del mago antiguo y de los ojos impenetrables, se ha creado en mi espíritu desde el día en que vi en Roma los maravillosos ojos de la dueña de este álbum, ojos que dejan ver un alma serena y permiten pensar en la belleza de los jardines silenciosos, en la incomparable armonía de los mármoles griegos, en la atenta simplicidad de las mujeres que pintaron los primitivos italianos".

En aquella época, dentro del aturdimiento de mis años, acaso no aprecié yo bastante el símbolo de esa página escrita para mi álbum por aquel idealista, por aquel gran cristiano, que pulsó en ella el cansancio, la insatisfacción del idólatra en medio de sus paganos placeres. Después, esos pensamientos suyos derramados inesperadamente en el cuaderno de una niña recién conocida, adquirieron a mis ojos el precio de los acentos venidos desde más allá de la muerte.

Joaquín Díaz Garcés murió, muy joven aún, poco tiempo más tarde de esa etapa de Roma.

El profesor

Todavía lo veo. Alto, grueso, de regular edad, aparecía tres veces por semana en el umbral de la antesala y, detenido un instante, nos contemplaba con una sonrisa ancha y paternal. Pertenecía al tipo moreno, escaso en un inglés, de oscuros cabellos y tez bronceada por el sol. Pese a su madurez y a su porte fornido, había en él algo del niño que se mueve con soltura armoniosa bajo amplios horizontes. "¡Hello, boys! exclamaba alegremente, para saludar a sus cinco alumnos. How are you, dears?" Luego, instalándose frente a la mesa, empezaba esa clase pintoresca que era para nosotros recreo continuado. Apenas balbuceaba el castellano y reíamos al oírlo pronunciar a su modo nuestros nombres.

Un día pidió a los padres, como una gracia, que nos permitieran salir de paseo con él algunos domingos al Cerro Santa Lucía o al Jardín Zoológico. Sin tardanza fue acogida la generosa petición del solitario inglés cuya mirada negra guardaba, para quienes sabían observarlo, un fondo de tristeza. Y así empezaron las andanzas de los mediodías domingueros en que, junto a su maciza figura, revoloteábamos los cinco alumnos, ebrios de curiosidad y exuberancia. Se sucedían las preguntas: "¿Cómo llegó a Chile y por qué? —Ah, boys, rodando, rodando...— ¿Hay mucha gente en las calles de Inglaterra? ¿Van borrachos tambaleándose? ¿Y perros vagabundos que olfatean por las esquinas?"

El nos describía su gran país de nieblas en que rara vez brilla el sol y en que los seres ocultan sus sentimientos como si cada alma fuera una isla. Rememoraba su vida allá lejos, en su pueblito natal, sumido entre dunas y visitado periódicamente por bandadas de patos salvajes. "Las casitas, explicaba, todas idénticas y grises, provenientes de la época del rey Jorge III, se alinean como un pequeño ejército a los pies del viejo castillo de la zona. Durante siglos, aquellos "cottages" chatos, de espesos muros, han resistido las tremendas tormentas de agua y viento, propias de la región. Ah, boys, allá el sol se aprecia como una dádiva. Y cuando aparece, por fin, sobre ese valle que durante meses ha sido olvidado de la mano de Dios, se siente una gran emoción, una gran emoción. . . Yo desearía poder volver algún día a mi aldea, desearía llegar allá a morir. . ." Oyéndolo, permanecíamos pensativos. E imaginábamos un pueblo oscuro, lleno de patos salvajes y de casitas grises que las tempestades azotaban sin piedad. Súbitamente aparecían, deslumbrándonos, las grandes jaulas del zoológico y el cuadro siempre apasionante de los animales interrumpía nuestra meditación a la vez que eclipsaba todas las nostalgias de la frente del profesor.

Para Navidad nos colmó de regalos. Recuerdo haber recibido de sus manos una lujosa edición de "Los Mártires" de Chateaubriand. Ya no era el profesor de inglés un pasajero en nuestras vidas: como una luz siempre cambiante emergía dentro del círculo hogareño. Hasta que un día, en mitad del mes, sin haber cobrado aún sus honorarios, faltó a una clase. Y a otra, y a otra. Pasaron las semanas y las lecciones continuaban suspendidas. En vano nuestros padres efectuaron búsquedas, averiguaciones. Mr. Bingle se había mudado de pensión, nadie sabía nada. Se insertó un aviso en el diario pidiendo indicios de su paradero. No hubo respuesta. Entonces los grandes hablaron de reemplazarlo por otro maestro, pero nuestra

infantil fidelidad se sublevó ante aquella medida que semejaba una traición.

Por fin, una mañana, el periódico trajo, a grandes rasgos, noticias del ausente: "J. W. Bingle, famoso estafador inglés, radicado en Chile, se fuga del país. Daba lecciones a domicilio y tenía numerosos alumnos. . .". Cuando nuestros padres nos leyeron el tremendo párrafo, conocimos entre lágrimas un sufrimiento nuevo, hecho de asombro y decepción. ¿Se podía ser malo y bueno a la vez? ¿podía un estafador contar maravillosos cuentos a los niños? No lo alcanzábamos a comprender.

Imaginamos la exuberante y bondadosa figura huyendo a través de montañas y mares, cercado como un lobo, mientras su pensamiento permanecía fijo en este su pequeño y querido universo que fue acaso lo único puro dentro de su vida azarosa. No definíamos su sentimiento en forma tan retórica, pero esa era la interpretación que surgía de nuestra confusión. Durante meses fue Mr. Bingle el tema melancólico de las charlas entre primos y hermanos, mientras de los cuadernos cerrados subía algo así como un grito sin eco, lleno de muerte. Y lleno de una intensidad, peor aún que la muerte, cuyo amargo sabor se interpondría siempre entre nosotros y el recuerdo del profesor.

En aquellas horas sin sentido que siguieron a su partida, la inesperada voz de un fonógrafo que alguien obsequiara a mi padre, vino a caer como bálsamo sobre nuestra pesadumbre. Uno de nosotros puso un disco cualquiera: "O sole mío. . ." Se tocó varias veces, con caprichosa obstinación, consiguiendo que su melodía se adhiriera a nuestro pequeño mundo infantil, a las sensaciones y resortes que formaban su ritmo, a la dolorosa obsesión.

Desde entonces, si por casualidad llegan a mí los dulztones acordes de la canción napolitana, surge de inmediato ante mis ojos la estampa del extraño fugitivo. Se

reintegra a la vida hogareña, emerge de los objetos, se aproxima, se aleja. El fonógrafo no cesó de cantar durante los años de la infancia: lieder, arias, sonatas. Pero las notas de aquella canción grata a los niños "O sole mio" —que fue la primera en vibrar frente a nuestra decepción— adquirieron para mí un significado especial, una dimensión angustiada, como si a través del tiempo y del espacio, ellas llevaran algo de nuestra ternura al gran corazón aventurero del profesor de inglés.

Sentimientos y plumas

Me gustaba, de niña, acariciar el aterciopelado plumaje de algunas aves de corral recién nacidas. Me gustaba palpar la ternura desprendida de esos terciopelos vivos. Y el gallinero de la quinta ejercía poderosa atracción sobre mi infancia. Penetraba en él, a menudo, para observar los picoteos, el ir y venir airoso de las gallinetas y los pavos. O para hurtar, a escondidas de la gallina, uno de aquellos minúsculos pollitos ocultos bajo sus plumas color de polen. Guardaba entre mis manos el bulto palpitante y me sentaba a arrullarlo a la sombra de los árboles.

Olorosa y crujiente, pasó una tarde por el huerto la vieja carreta hortelana. Y a ella nos trepamos los niños. Al enfrentar el gallinero, la tentación me cogió de robar una avecilla del corral y me dejé caer de la carreta.

“¡No esperaremos!” gritaron los niños, ansiosos de salir a campo abierto. La carreta crujidora, al paso de los bueyes, siguió su lento camino. Yo me interné en el gallinero, seleccioné con la mirada largamente y hurté a una pata venerable el más fascinante de los patitos nuevos. Corrí hacia afuera para unirme a los niños enfiestados. Pero la madre pata se percató esta vez de mi gesto, de mi robo, y enfurecida, empezó a perseguirme a través de los senderos, colándose por la reja entreabierta del gallinero. La carreta, envuelta en suave polvareda, orillaba

la tapia florida del huerto y se perdía en el valle mientras los niños, burlones, me hacían muecas y musarañas con las manos.

Yo corría jadeante, saltando acequias y apartando rosales, con la preciosa carga entre los dedos. "¡Espérenme!". Los brazos, a lo lejos; se agitaban, despidiéndose. Y la carreta, en su vaivén pausado, ganaba trecho hasta quedar fuera de mi alcance y de mi grito de niño. "¡Espérenme!". Tras de mí, iracunda, la pata madre, agitando las alas, continuaba su persecución airada. Mis fuerzas disminuían; las suyas aumentaban. Sentí miedo. Miré hacia atrás y la ví monstruosa, con ojos amenazantes, con desordenadas plumas amarillas y negras, tocándome casi los talones. Ya me iba a atrapar, ya me iba a picar las desnudas pañorrillas... Ni por un momento pensé en librarme de ella soltando al patito anhelado. Pero súbitamente me sentí perdida. Entonces detuve mi carrera y volviéndome hacia el pájaro furioso, estiré una pierna, lívida de terror, como si quisiera ofrendarme en rescate del tesoro robado. "¡Pica, pata! ¡pica, pata!" —murmuré con acento vencido.

Mi gesto la atemorizó, sin duda, porque dio media vuelta y huyó, despavorida. Quedé sola en el campo. A lo lejos, la carreta henchida de niños, seguía avanzando, desaparecía en el horizonte. Ya no era sino un punto borroso que se achicaba, se achicaba, hasta formar parte del paisaje.

La miré perderse con mis ojos asustados de niña. La miré diluirse entre el azul del cielo y el verdor del valle. Permanecí inmóvil largo rato, sin saber qué hacer con la pequeña carga que se movía y respiraba entre mis manos.

Sobre mí pesaba duramente la soledad de la llanura. Y todos los miedos de la infancia afluían y rondaban desde adentro. De pronto sentí una compañía: las orejas puntiagudas y los ojos de asombro que clavaba sobre mí un cabrito de leche, apacentado entre flores.

Misabel

Pertenecías, sin saberlo, a esa raza consagrada al dolor por un sino misterioso. Y sin embargo eras hermosa, Misabel. Tenías el tipo singular de todos tus hermanos; la palidez desmayada del rostro contrastando con la cabellera de azabache y con las pupilas ardientes que, según el día, cambiaban de color: pardas, verdosas o grises. Eras hermosa y eras fuerte. Para saberlo, además de la imagen que guardo viva en mi recuerdo, contemplo tu retrato desteñado. ¡Cuánta voluntad, cuánta fiera energía, en la fisonomía redonda y en la línea definida de las facciones! Pero esa voluntad, ese coraje, se trizaron frente a los prejuicios que te cercaban. La hipocresía social, las adustas costumbres de la época, te cortaron el paso para encerrarte dentro de la mediocridad. Integrabas el rebaño de las solteras sin fortuna a quienes los hombres de entonces olvidaron de dar un sitio en el mundo. Ansias-te trabajar, ganar con tus manos de hadas unas migajas de independencia, pero se te condenó a la inacción. No estabas colocada en ningún plano, Misabel, tú que aprendiste desde siempre a hundirte en la sombra.

Hoy, al evocar tu efigie, no ya con mis ojos de niño sino con la certera mirada con que mira una mujer a otra mujer, creo descubrir en tí una barbarie eternamente joven, eternamente virgen, inutilizada por la vida. ¡Cuántas veces debes haber forcejeado por romper ama-

rras, por saltar vallas! Ninguna voz de aliento, ningún eco, respondía a tu anhelo en aquel universo solitario que era el tuyo. Te imagino acercándote como un prisionero a la reja que te excluía de la vida. Pero sólo para estrellarte siempre. Entonces, indefensa, te veo retornar a las menudas labores cotidianas, a los problemas ajenos, a ese cúmulo de tareas insignificantes que, como pantalla opaca, te ocultaban la vida.

No obstante, bajo el sol y bajo la escarcha, tu abnegación florecía. Porque desde pequeña aprendiste a ser timón y brújula en el hogar de tus parientes. Nos conducías al dentista, nos bordabas vestidos y delantales primorosos y a veces te presentabas con las manos cargadas de obsequios. ¿Recuerdas esas tazas de porcelana china, transparentes y delicadas como alas de mariposas, que mandaste para mis catorce años? El té, dentro de ellas, tomaba sabor a néctar milagroso... También sabías velar nuestro sueño en las horas de fiebre y posar tu ancha mano sobre la frente ardiendo, mientras el cuarto oscuro se poblaba de alucinaciones. En esas circunstancias, tu voz algo dura de ordinario, se hacía leve como un arrullo de palomas.

La gente opinó a menudo que tu genio era irritable y autoritaria tu conducta. Pero yo, Misabel, sorprendí muchas veces en tus pupilas el abatimiento resignado y sumiso de esos perros fieles, eternamente perseguidos, que nos mueven a compasión por su paciencia infinita.

Durante los meses de verano, cuando no ibas a la orilla del mar con nosotros, escribías largas y hermosas cartas que olvidábamos de contestar. Entonces llegaban telegramas plagados de amenazas: "Si no contestan, mañana en ésa..." Ante el peligro de la visita imprevista, de los reproches presentidos, cogíamos presurosos la pluma para calmarte: "Misabel, querida Misabel, no te inquietes, no vengas. Estamos bien y te queremos mucho..." Tratábamos de detener tu impulso. Y, sin embargo, ¡cuánto amaba nuestro egoísmo la cálida atmósfera de tu presencia! ¡cuánto amaba nuestra ligereza el bulto co-

bijante de tu cuerpo, tu paso seguro, las manos regordetas y blancas moviéndose como pájaros ente los objetos familiares!

También sabías contar bellas historias de tu infancia sin miel, de tu incolora juventud. Las adornabas con la fantasía sin límites de los seres que, solos, han soñado largamente. Pasó el tiempo y cada vez el correr de los días te fue relegando a un rincón más sombrío. Eras, en todas las casas, "la allegada". No entendías a nadie y nadie te entendía. La soledad cobraba hechizo de abismo, siempre abierto a tus pies.

Un día, ya cerca de la muerte, pusiste entre mis manos un objeto envuelto en papel de seda. "Quiero que guardes este recuerdo", murmuraste. Abrí el paquete y fue grande mi asombro al encontrarme con una zapatilla de baile, marchita por el tiempo, forrada en fino raso blanco con mostacillas de plata. "Pero ¿tú fuiste alguna vez a bailes, Misabel?" —pregunté incrédula—. Aquella frase mía te hizo daño. Habrías preferido que no la pronunciase porque removía, quizás, una avalancha de pesares. Respondiste con cierta turbación: "¿Yo, a bailes? ¡Qué ocurrencia! Confeccioné esas zapatillas porque sabía que me resultarían lindas. Pero claro que nunca tuve ocasión de llevarlas...".

De golpe y durante un instante, te ví cómo habrías querido ser y no fuiste: esplendorosa dentro de un claro vestido de tules fragantes, avanzando hacia un destino de encantamiento como la blanca princesa de algún cuento oriental. La vida, al darte belleza, voluntad, inteligencia, te creó para eso. Pero un hado maligno caminó junto a ti, paso a paso, para impedirte hacer uso de los dones que te diera la vida. Medí el terrible vértigo encarnado en aquella zapatilla de baile que fabricaste *por si acaso*. Tu destino fue permanecer en el umbral de todas las cosas, llegar tarde a todas partes, ver convertidas en cenizas todas las quimeras. Trayectoria hecha de desencuentros y fracasos. Por último, las ilusiones, los anhelos, los sueños, uno a uno, como a un cesto de papeles

fueron cayendo deshechos en el hueco satinado de la inútil zapatilla de raso que pasó a ser el símbolo de tu oscura existencia.

Han transcurrido muchos años desde tu muerte, Misabel. Bajo una blanca piedra, duermes tu ya vieja osamenta. A pesar de ello, cuando entre antiguos y ajados recuerdos aparece la pobre chinela bordada, amarillenta por el roce del tiempo, permanezco largo rato pensativa, girando alrededor de tu desierto sin agua, de tu sed sin cántaro.

Primer viaje en tren

Es de noche. En cada estación, la fuerte sacudida de los carros al detenerse el tren, me despierta súbitamente. Con dedos ansiosos levanto las cortinillas verdes. Afuera, la luz viva o pálida de la estación provinciana, cae sobre un ambiente generalmente idéntico: un hombre corre balanceando un farol. Mi madre, que también ha alzado la cortina, pregunta siempre: "¿Dónde estamos?" —"¡Linares!" grita una voz desde afuera. Sigue su marcha el tren. Vuelve el sueño. Nuevo choque de los carros, nuevo bullicio. Otra vez el hombre del farol. "¿En qué ciudad estamos?" —"¡Temuco!" Y así transcurre la noche, con el fascinante imprevisto de una cinta cinematográfica.

Me quedó grabada en la mente una de aquellas estaciones. Había en el andén tres niñas vestidas de blanco, con amplias faldas y caras sonrientes. Las tres eran delgadas y etéreas. Las creí bailarinas. Sus trajes vaporosos se agitaban al viento nocturno como velas de buques, rompiendo la triste penumbra de la estación pueblerina. Cuando empezó a moverse el tren con la lenta cadencia de un animal cansado, las tres blancas figuras exclamaron contemplando a los pasajeros. "¡Felicidad, felicidad!" en un rítmico sonsonete que dio a la frase alas de

canción. Y cimbrando los brazos a un tiempo las tres, volvieron a exclamar: "¡Felicidad, felicidad!" Su voz era aguda y cristalina. De pronto, otra voz de mujer, baja y profunda, venida no sé de donde, hizo contraste con las suyas, pronunciando en una sola nota trémula. "¡Adiós, Juan!" Y un sollozo quedó extendido en el aire.

Todo aquello —las niñas que semejaban bailarinas, la mujer invisible de ronca y trágica voz— se transformó en música dentro de mi cerebro infantil. Y en un hechizo que llenó de poesía para siempre los viajes en tren.

Y circundando los brazos a un tiempo las tres
volvieron a exclamar: "¡Felicidad, felicidad!" Su voz era
aguda y cristalina. De pronto era voz de mujer, baja
y profunda, venida no sé de donde, hizo contraste con
las otras, pronunciando en una sola nota trémula.
"¡Adiós, Juan!" Y un sollozo quedó extendido en el aire.
Todo aquello — las niñas que se mecían balancinas, la
voz y trágica voz — se transformó en
inmota dentro de un círculo infantil. Y en un pedazo
que liba de poesía para siempre los viajes en tren.

La seductora

A lo largo de mi infancia, de mi adolescencia, de mi primera juventud, se apoya una curiosa figura de mujer, venida de un gran país vecino y viuda de un pariente muy querido. Era asombrosamente pequeña y su rostro poseía una belleza extraña, hecha sobre todo de expresión: rasgos finos, naricilla respingada, tinte mate. Y, contrastando con los cabellos grises, unos desmesurados ojos verdes, llenos de claridad. Ojos risueños, brillantes, anegados en agua. Ojos que hacían pensar en ciertos legendarios animales del mar.

Durante las largas temporadas que vivía en Chile, alojada en casa de mis padres, su presencia traía al hogar una cálida racha de cielos lejanos que sacudía el ambiente con las sonoridades de una campanilla de plata. Ejercía, sobre grandes y chicos, un poder absoluto. No sé si ella era consciente del embrujo que emanaba su persona; sólo sé que sus gestos y palabras se recogían con fervor. Llenaba la casa su figura chiquita —vestida siempre de negro o de gris— y cada mañana despertábamos contentos pensando: "está ahí, al lado afuera... nada, por ahora, nos la va a arrebatar..."

Y empezaban las pláticas. Al llegar del colegio, mientras fuimos niños o adolescentes. Después, a cualquier hora. ¡Ah, el tiempo perdido para todo lo verdaderamente grande e importante en holocausto a esa charla diaria, a

esa apasionante y malsana disección del espíritu! Porque ella se introducía en las intimidades, en los recónditos recovecos del alma. E iba desmenuzando sentimientos, repliegues, matices. Guardaba la llave de nuestras alegrías y de nuestras penas. Bulliciosas conversaciones en grupo o vehementes diálogos llenaban los días. Tomando aparte a uno de nosotros y pestañeando muy ligero empezaba a cuchichear con un aire de misterio que hacía aún más preciosa la confidencia. Tenía el arte de hablar apenas de sí misma, pero nos regalaba con inagotable repertorio de recuerdos, de historias henchidas de gracia que envolvían nuestras mentes como envuelve el hechizo de ciertas fábulas milagrosas. Sus cuentos transcurrían siempre en aquel gran país vecino que era su cuna. Lo que nos gustaba, sobre todo, era la mirada ávida y comprensiva con que seguía el itinerario de nuestros menudos problemas, la trayectoria de nuestros primeros sueños. Sueños, quimeras irrealizadas y, a menudo, irrealizables.

—Te pareces a ella, me decían las visitas como un elogio. Eres, físicamente, su retrato...

Yo me miraba al espejo y descubría en mi expresión y en mis facciones de niña una ligera semejanza con las suyas. Pero sabía ¡ay! que nunca podría adquirir aquella magia, aquel don de seducción que le iba entregando indefensos y ciegos, a los seres.

Hoy me parece singular que su figura gris nos cegara como el sol, nos diera sin cesar ese cálido clima de sol.

Yo era la sobrina preferida y ella solía llamarme "Gotita de agua". A veces, pese a mi adoración por su persona, una especie de instinto me volvía agresiva y, durante todo un día, no la miraba, contestando a sus preguntas con monosílabos. "¿Qué le ocurrirá a Gotita de agua?" inquiría ella afectuosa. Como nadie adivinara la razón, se tornaba maternal. —"Bueno, son estados de alma. Yo también, a su edad..." Y se dejaba ir de su charla fabulosa y brillante, consiguiendo al fin atraer a mi taimado rostro una sonrisa.

Poseía el don de poner sobrenombres divertidos y tan adecuados a las secretas características de cada cual que calzaban a las personas como un guante y era ya imposible desprenderlos de quienes los habían inspirado. Llena de pasión, llena de arranques, como una pantera joven, alimentaba a veces odios profundos. Y de pronto convenía a la familia de que éste o aquel comensal debía ser borrado de nuestra intimidad. "Es pícaro, decía con su voz persuasiva que tenía las inflexiones de un laúd. Mi intuición no me engaña: tiene los instintos del indio..." El veneno sutil de la duda penetraba en las almas y perdíamos de ese modo amigos de largos años. ¡Misabel, noble y generosa Misabel, cuántas veces te cercó de soledad aquella voz con inflexiones de laúd!

Nadie se permitió jamás analizarla. De haberlo hecho, acaso el encantamiento hubiérase quebrado. Un día se unió a nosotros para viajar a través del mundo. ¡Ella, chiquita y fabulosa, pulsando el corazón de París, precediéndonos como un hada en el laberinto de Londres! Era como si, unida a esas visiones, a esos tesoros, su imagen se enriqueciera aún más hasta tocar los límites de lo milagroso. No obstante, su ingenio permanecía bien clavado en la realidad y llegaba a tal refinamiento psicológico que convertía, a veces, la plática en una verdadera autopsia espiritual.

De vuelta del gran viaje, ella, la nómade, construyó por fin una bella vivienda en la más elegante avenida de su trepidante capital. Pero olvidó hacer la pieza de huéspedes, indispensable a quien durante sus eternos viajes alojaba en moradas ajenas. Y así, cuando mis padres y nosotros atravesamos la Cordillera sólo por verla, tuvimos que vivir en el hotel. Al invierno siguiente, como siempre, ella retornó a nuestro hogar.

Pasó el tiempo. Los niños crecían, los grandes se iban haciendo viejos. Ella, idéntica, con los mismos ojos acuáticos, la misma gracia y hasta los mismos trajes —siempre negros o grises, cartujos dentro de su extrema sobriedad— continuaba a nuestro lado, envuelta en su presti-

gio como en un manto prodigioso. Entretanto, la esencia de mi juventud, de muchas juventudes, se alimentaba de su amistad y su consejo. Ella revoloteaba y se nutría del hálito de frescura que exhalaba nuestra adolescencia, absorbiendo su savia. Cuando partía, nos enviaba cartas originales, muy largas, escritas con su alta letra audaz y personal que nunca cupo en ningún molde.

Hubo cierto verano más luminoso, más ardiente que otros veranos. La vieja casona de campo de mis padres contenía no menos de una veintena de alojados. Yo, casada ya, pero habiendo traspasado recién el umbral que separa la adolescencia de la juventud, me entregué aquel verano a la tarea de resucitar el extenso jardín que, tras las encinas centenarias, yacía semiabandonado. Hice trazar prados flamantes, poblándolos de flores y conseguí al poco tiempo ver erguirse tulipas monstruosas, dalias y achiras de raros colores. Durante las horas que robaba a aquella improvisada y fugaz vocación, me sumergía con los demás en las pláticas sin fin, en el malabarismo de análisis que ya nos era necesario para vivir. Cada cual exponía sus problemas y ella, nuestro ídolo, creaba soluciones, dejaba caer consejos.

No sé por qué, en aquel verano más perfumado, más intenso que otros veranos, creí sentir que lo que ella amaba sobre todo en la vida de los seres, eran los episodios truncos, inconclusos; el amor que no se alcanza, la dicha que flota como un halo y que al tocarla se deshace. Por primera vez juzgué sus actos y comprendí que, en vez de construir ella destruía, sistemáticamente, acaso sin saberlo. ¿Habíamos, pues, vivido duante años sobre algo imaginario, inexistente? Mis dudas se mezclaban a los ardientes efluvios aromáticos que irradiaba la tierra y varias veces medí el contraste entre el límpido y sencillo lenguaje de la naturaleza con la que yo me había fundido en el último tiempo y aquel otro, complicado y maravilloso, que nos abría las puertas de un mundo artificial. Lentamente, nacía dentro de mí una angustia: la de sentir que nos estábamos apoyando sobre un error

y que era incomprensible que los demás, viejos y jóvenes, continuaran todavía ofuscados por ese error.

Transcurrieron algunas semanas. Por fin, un mediodía en que yo regresaba del jardín, ví avanzar a mi encuentro por un sendero la figura vivaz y chiquita, un poco rígida sobre sus tacones bajos y vestida como siempre con esa franciscana sencillez que le era peculiar. ¡Qué sorprendente efecto nos produce el mirar al fin, hasta el alma, a una persona que, por conocerla demasiado, nunca viéramos antes en su verdad! Durante toda una vida había permanecido imprecisa bajo el velo de la costumbre, impalpable tras el juicio hecho y transmitido por generaciones anteriores. Su imagen, ahora, tenía una tonalidad diferente y allí, entre el verde de los prados, se destacaba en su terrible desnudez. Era mancha gris sobre el paisaje luminoso, sobre el fresco césped, entre el radiante colorido de las rosas. Y esa mancha gris se extendió, avanzó, hasta llegar a mí. Sentí su palabra. Sin despegar los labios, la escuché largo rato, la miré, sintiendo que su presencia, ajena a mi persona, sólo despertaba en mi conciencia la rebelión de haberme sometido a su influencia, desde siempre y ciegamente.

Allí estaban para hechizarme de nuevo los fascinantes y húmedos ojos verdes. Pero surgían impresiones dentro de mi pecho, se acumulaban detalles, recuerdos. Aquel consejo susurrado al oído ¿no provocó una tempestad? ¿aquella confidencia sobre alguna persona querida ¿no deshizo irremplazables ilusiones? Y a cada recuerdo caía un andamio de quimeras, se derrumbaba un mundo falso en el que mis padres, mis tíos, nosotros, fuimos piezas de ajedrez en el tablero de sus juegos.

Silenciosa y llena de emoción, sostuve su mirada, de mujer a mujer, y me pareció que en sus pupilas acuáticas brillaba una chispa de recelo, casi de odio.

—¿Gotita de agua...” murmuró, dejando la pregunta en suspenso, mientras sus largas pestañas aleteaban rápidamente con ese tic nervioso que precedía en ella sus grandes exaltaciones. Sin contestar, yo bajé los párpados

para no morir en aquel choque con la realidad. "No puede soportar la felicidad ajena..." fue la definición que iluminó mi mente, mientras una tristeza desconocida me envolvía. Tantas añoranzas preciosas, tantos jirones de adolescencia, habían dejado de tener sentido, habían perdido su magnitud.

Entretanto, ella siguió su camino hacia el huerto cercano; yo continué el mío de regreso a las casas, sintiendo que para siempre estaba roto el filtro, el encantamiento.

Lo curioso fue que, sin comunicarnos el secreto, uno a uno desgarramos el velo aquel verano. Hubiérase dicho que, bruscamente, despertábamos todos de un sueño maravilloso que duró más de veinte años.

Después, como todos los otoños, ella partió a su patria esta vez para no retornar. Pero su presencia volvía a nosotros por ráfagas, como una enorme ola lenta que fluye y refluye, dejando a su paso fragmentos y estelas misteriosas. A través del espacio y del tiempo, nos llegaba a menudo el eco de su risa cristalina que, durante años, llenó de júbilo el hogar. Entonces nos agrupábamos en torno al regazo de mi madre que, recordándola, suspiraba suavemente. Y sin hablar, cada cual sentía el punzante pensamiento de los otros, detenido en una misma cosa. En aquella traición, la peor que puede venirnos de un ser: tener otra alma de la que creímos, carecer de las cualidades que en él amamos.